

MARÍA T. S. BADI



Voz del terruño

Libro de lectura para 4^{to} grado

F. CRESPILO
BOLIVAR 369

EDITOR
Buenos Aires

Precio \$ 1.50

MARIA T. SABADI

Q.R.
B.N.de B.

Sección Infantil

SABADI

VOZ DEL TERRUÑO

LIBRO DE LECTURA PARA 4.º GRADO

2.ª EDICION

Duf. 31 280

Aprobado por el Honorable
Consejo General de Educación
de la Provincia de Buenos Aires.

F. CRESPILO - EDITOR
BOLIVAR 369 - BUENOS AIRES

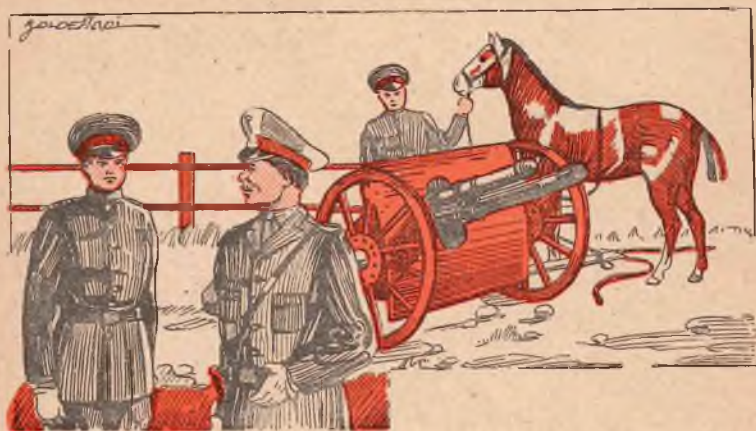
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

242X-24

*Queda hecho el depósito que
marca la ley.*



IMPRENTA LÓPEZ - PERÚ 666 - BUENOS AIRES



ABNEGACION

Los dos conscriptos eran de la misma provincia y prestaban el servicio militar en un regimiento de artillería en Campo de Mayo.

Habían ido juntos a la escuela y como los dos querían ser los mejores alumnos del grado, siempre discutían, y en los juegos capitaneaban bandos adversarios.

Al llegar a las filas del ejército la antigua rivalidad renació, y eran frecuentes las disputas que por cualquier motivo, o sin él, sostenían.

Muy pocos días faltaban para que finalizara el año de servicio militar.

Ramírez — así se llamaba uno de ellos — recibió una carta de la hermana en la cual le comunicaba que la madre estaba enferma y que se preparara para tomar el tren de regreso el mismo día que le dieran de baja.

La nerviosidad de Ramírez en esos días, preocupado por la enfermedad de la madre, hizo que no prestara atención a las órdenes del oficial, quien había comunicado que a la menor falta tendrían un mes de recargo.

Una mañana que olvidó desprender una correa, se encabritó un caballo y a coces causó desperfectos en el cañón.

Morales, el comprovinciano, vió venir al oficial, que al oír el ruido se dirigió hacia ellos preguntando: ¿Qué ha pasado?

—Fuí yo, mi teniente, que olvidé desatar el caballo, dijo Morales.

—Preséntese a la guardia, después de la doce, arrestado por quince días, ordenó el oficial.

Ramírez, que apenas se había dado cuenta de lo ocurrido, se disponía a aclarar, pero Morales, sin darle tiempo, le llevó unos pasos diciéndole: Piensa que mañana terminaremos, y debes tomar el tren porque tu madre, enferma, te aguarda.

—Es que no es justo que te castiguen por mí.

—Tú te callas, después arreglaremos.

Hacia una semana que Morales estaba arrestado,



cuando el oficial recibió una carta de Ramírez, en la cual le explicaba lo ocurrido y se ponía a sus órdenes para reparar el error.

No vivía tranquilo, decía, y había aceptado, en el primer momento, por su gran deseo de correr al lado de su madre.

Inmediatamente el oficial hizo comparecer a Morales, y delante de los clases y nuevos conscriptos relató su hermosa actitud y lo recomendó a los superiores, por su noble conducta y abnegación.

Al llegar a su provincia, Ramírez lo esperaba en la estación.

Desde entonces ya no discuten como antes, son amigos inseparables, y todos los vecinos los miran con respeto y simpatía.





LA LENGUA CASTELLANA



laro y límpido raudal
es la lengua que yo adoro,
la lengua de versos de oro
y de vibración marcial.

Es dúctil como el metal
y rica como el tesoro
que dejó Boabdil el moro
Allá en su Alhambra oriental.

Como clarines al viento,
vibra su bronceo acento
en la ira o en el dolor.

Y son sus cláusulas graves,
amorosos trinos de aves
sobre las lilas en flor.

LEOPOLDO DÍAZ.



COMPAÑERISMO

Hacía dos semanas que Roberto faltaba a clase atacado por una enfermedad, y el único médico del pueblo aconsejaba su traslado a Buenos Aires, para que lo viera un especialista.

La familia de Roberto era pobre y no podía hacer frente a los gastos del viaje, cerca de ciento ochenta pesos.

Luis, el hijo del jefe de la estación, lanzó entre los alumnos la idea de reunirse para hacer posible el viaje, del cual dependía quizá la vida del compañero.

Al terminar las clases se quedaron en el salón, con permiso del maestro, para tratar el asunto, y todos se portaron como hombres serios, resolviendo consultar a los padres para contribuir cada uno con algo de lo que tenían en ahorro postal.

El maestro, desde la sala contigua, escuchó las conversaciones, y emocionado comprobó que sus niños, con un corazón de oro, se disponían a ayudar al enfermo.

Al día siguiente todos habían conseguido el permiso necesario, y pidieron al maestro que los ayudase en la tarea de hacer llegar los recursos.

Esa misma tarde, Luis, el autor de la simpática idea, y otro niño, en compañía del maestro, fueron a la casa de Roberto y, sin que éste lo supiera, entregaron a la madre el dinero, y le comunicaron lo que se había resuelto.

La buena señora no pudo pronunciar una palabra, y llena de emoción los llevó hasta la silla hamaca donde descansaba el enfermo.

A los veinte días de haber partido, volvió Roberto muy mejorado, y poco después concurrió a la escuela, donde su presencia causó a todos una gran alegría.

Muchos años han pasado desde entonces, y casi todos aquellos niños ya son hombres y siguen viviendo en el mismo pueblo.

Han formado una asociación para ayudarse mutuamente, y sobre todo a los padres que por falta de trabajo o por enfermedad no pueden comprar ropa y libros para que sus hijos puedan asistir contentos a la escuela.

Ellos son felices porque son humanos.



UN DEFECTUOSO

Has hecho muy mal, Valerio, en comportarte así.

Piensa en los innumerables seres que sufren, porque la naturaleza no los ha favorecido, o porque heroicamente llegaron a ser defectuosos, en holocausto de un sagrado ideal.

Piensa también, hijo mío, en que mañana cualquiera de nosotros, que tú amas y defiendes con cariño filial y fraternal, podría llegar a integrar el número de los que sufren y que lloran por esa causa, y dime si no se te partiría el alma de dolor, si vieras que alguien se mofara de los tuyos.

Cuando el maestro me envió la esquela, dándome cuenta de tu conducta, lloraron mis ojos, al saber

que mi hijo, mi pequeño y querido Valerio, se había unido a otras criaturas para reirse de la desgracia de un pobre anciano, casi sordo, rengo y medio ciego; y ancianos llegarán a ser tus padres, si tienen la felicidad de arribar a tan preciada edad, y ancianos también, llegaréis a ser tú y tus hermanos.

Has hecho muy mal, Valerio.

A cuántos de esos seres defectuosos que circulan por las calles, debemos nuestra libertad, nuestra grandeza y nuestra prosperidad.

Cuántos obreros, y cuántos hombres de ciencia, industriales, militares y otros, han quedado mutilados, mientras luchaban por el bien común.

Déjalos pasar, hijo mío. Disimula el defecto del que lo tiene, para que su vida sea más llevadera, y descúbrete, siempre atento y siempre sonriente y respetuoso, porque has de saberlo: una sonrisa oportuna, hace tanto bien, hasta hacer olvidar más de una vez, la desgracia que pesa sobre nosotros.



EN UNA ESCUELA RURAL

La invitación

No sea terco, don Vicente; ya le he dicho que por concurrir a la fiestecita de la escuela donde se educa su hijo, Vd. no traiciona a su bandera.

—Mire, señor Director: yo quiero mucho a esta tierra; yo aprecio la escuela, y estoy orgulloso de que mi hijo aprenda a amar a su patria; pero... yo no sé... Cada vez que recibo su invitación para las fiestas del 25 de Mayo o del 9 de Julio, me vienen a la memoria las palabras de mi pobre viejo.



Cuando nos despedimos en la estación de mi pueblecito, sabíamos que no nos volveríamos a ver. Yo venía a la Argentina para establecerme definitivamente. Mientras me abrazaba, mi padre me dijo en voz baja: ¡Que Dios te acompañe, hijo mío; que seas feliz allá en América; pero no te olvides de la casa de tus

pobres viejos, de tu aldea, de tu patria. ¡No te olvides de que eres italiano!... Yo no dije nada. Le estreché fuertemente entre mis brazos y subí al tren rápidamente.

Cuando me asomé a la ventanilla para despedirme de mi aldea, el tren corría ya por entre los campos, y las casitas blancas estaban lejos; se veían pequeñas como una manada de ovejas sobre la cuesta empinada.

Mis ojos, velados por las lágrimas, distinguían aún el pequeño cementerio, y el recuerdo de mi pobre viejecita... Bueno, señor Director... ¿qué quiere que le diga?...

El señor Morales, que se había levantado de su sillón, posó la mano sobre el hombro del chacarero.

—Mire don Vicente: si yo no lo conociera a usted no insistiría; pero como director de la escuela y como amigo, le ruego venga mañana a la fiesta; tengo una sorpresa para usted.

Don Vicente no prometió nada; pero el señor Morales estaba seguro de que no faltaría. Algo había notado en el apretón de manos de la despedida.

La fiesta

La fiesta estaba anunciada para las diez, pero antes de las nueve se veía ya un hormiguero de guardapolvos blancos alrededor de la escuelita. ¡Qué claro el cielo, y qué brillante el sol! Brillantes también los ojos

de los chicuelos, y claras y argentinas sus voces y sus risas. Las niñas de primer grado parecían gallinitas pigmeas con copete.

El acto se efectuaría en el solar del frente.

Pocos minutos antes de las diez la campana anunció: ¡Formación!

El director miró entre las familias concurrentes y se sonrió. Había descubierto a don Vicente apoyado en un poste del alambrado, sombrero en mano, medio escondido entre el gentío.

Una vez cantado el Himno Nacional el señor Morales se dirigió a los niños. Con palabras sencillas, como si estuviera narrando un cuento, habló de la patria chica, del hogar, de los padres, del pueblo natal; y de la patria grande, de la Nación, de la Patria inmortal, de la bandera azul y blanca...

En ese instante algunas miradas se dirigieron hacia arriba. En lo alto de la escuelita flameaba la bandera de la patria... y los mayorcitos recordaron los versos:

Azul un ala, del color del cielo,

Azul un día, del color del mar...

Antes de terminar, el director anunció que iba a tomar a los niños el juramento a la bandera.

Se hizo un momento de silencio. Todos los ojos estaban fijos en la puerta de la dirección.

Cuando el abanderado, seguido de un grupo de niñas de primero, apareció con la bandera desplega-

da, una atronadora salva de aplausos llenó los aires, al tiempo que una bandada de palomas blancas levantaba el vuelo desde el techo de una casa vecina.

Mientras la bandera era conducida hasta el pequeño altar improvisado, trescientas voces infantiles entonaron el

“¡Salve, Argentina! bandera azul y blanca”...

La sorpresa



El director miró hacia el lugar donde había visto a don Vicente. Los ojos del rudo labrador estaban fijos en el altar de la patria. Era Federico, ¡era su hijo! el que sostenía en alto la bandera azul y blanca.

Cuando lo vió aparecer con la carita radiante, empuñando con firmeza el asta bandera, el corazón del buen chacarero experimentó una fuerte sacudida.

La emoción se le anudó en la garganta al oír los aplausos, y escuchó como atontado el saludo solemne a la enseña nacional...

¡A su Federico le había correspondido el honor de sostener el sagrado emblema de la patria!

“La bandera blanca y celeste, Dios sea loado, no ha sido jamás atada al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra”...

Es la voz del director. Está leyendo la fórmula consagrada.

Don Vicente no oye nada; no ve nada. Las lágrimas que velaban sus ojos corren ahora por sus mejillas.

Vencido por la emoción, se aleja lentamente.

“Que flamee por siempre como símbolo de la libertad, objeto y fin de nuestra vida; que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa”.

¡¡Sí, juro!! — prorrumpieron cien voces argentinas.

La respuesta vibrante estremeció los aires.

Don Vicente creyó oír nítidamente la voz de Federico. Levantó la frente con orgullo, ensanchó su pecho aspirando profundamente el aire de aquella fresca mañana de Julio, y apretó el paso por entre los campos inundados de sol.

LUIS ARENA.



CULTO

¿Vas a cambiar los muebles de tu cuarto?
No, no los toques, te lo ruego. Deja,
Es mejor verlos como estaban antes,
El lecho a ese lado y a la izquierda
Aquel reclinatorio donde oraba
Antes de que llamaran “¡a la mesa!”

Más allá el lavatorio y la consola,
el ropero, la cómoda y aquella
mesa donde ella trabajar solía
en los días que hacía frío fuera.

A ese lado, el sillón. ¡Cuántos recuerdos
guarda fiel en sus brazos de madera!
Es el sillón donde se sentaba
hasta mucho después de estar enferma.
¡Mira que viejo se halla! Y sin embargo,
¡Cómo ha durado y dura más que ella!

¿Cambiarle el terciopelo? ¡Eso sería
lo mismo que cambiarle la existencia!
Y además, tú no sabes, muchas veces
a la luz de la tarde que se aleja

me parece mirarla aquí sentada
tejiendo alguna cosa, muda, quieta,
como una virgencita que rezara
desgranando un rosario de albas cuentas.

.....

Después de esa visión, te juro, hermana,
que me siento más lírica y más buena,
es como si me hablara su alma santa
para alegrar la mía en su tristeza.

¡Dejemos todo así! quitemos sólo
el polvo de los muebles, como si ella
hubiera de volver después de un viaje
penoso y largo que nos trajo pena;
que inundó de tristeza nuestras almas
porque temimos no volver a verla.

Y volvamos aquí cuando tengamos
necesidad de fe y de fortaleza.

JULIA BUSTOS.





PUNTUALIDAD

La situación porque atravesaba don Martín era bastante difícil.

Las transacciones comerciales iban mal y a pesar de tener que reducir los egresos para poder afrontar el malestar del momento, no se decidía por despedir a algunos de sus cinco empleados, porque bien sabía que esa pobre gente al quedar sin trabajo no podría encontrar ocupación alguna.

En contra de su interés los sostuvo todo el tiempo que pudo, pero al fin no hubo más remedio que suprimir a cuatro dependientes.

¿Cómo proceder para elegir a uno de esos cinco, si todos habían cumplido siempre su deber?

Después de mucho meditar al respecto, parecióle hallar la solución a tan molesto problema.

Los observaría durante un mes, en todos los detalles que evidenciasen su práctica de puntualidad, y se quedaría con el más puntual.

A Jorge le correspondió el continuar en la casa.

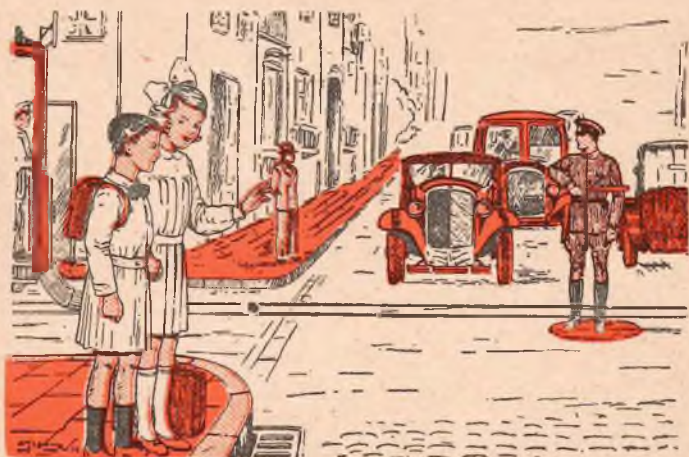
Jorge era un muchachito joven que se destacaba por su espíritu laborioso, y por el hecho de no haber dejado nunca de cumplir a su debido tiempo un compromiso contraído.

Pasaron los años, y con ellos la crisis del momento.

Las operaciones comerciales readquirieron el impulso de sus mejores horas, y Jorge después de mucho batallar, llegó por esfuerzo propio al elevado puesto de gerente.

Los cuatro jóvenes aquellos, que habían sido despedidos reingresaron, y también ellos, más tarde, fueron ascendidos a jefes de sección.

Cuando los cinco amigos se reunían, y entre otras cosas recordaban aquellos años malos, todos estaban de acuerdo en opinar que si Jorge había triunfado, debíase sencillamente a que había sido puntual, mucho más puntual que ellos.



LAS AUTORIDADES

Si no hubiese autoridades encargadas de velar por la moral, la salud, la vida y la propiedad de los individuos, nuestra existencia sería poco menos que imposible.

Imaginémonos un pueblo donde cada habitante fuese dueño de hacer lo que mejor conviniese a sus intereses e inclinaciones.

Habría que suponer que algunos cumplirían su deber, y tal vez harían uso de esa libertad ilimitada sin molestar al prójimo, pero es indiscutible que la mayoría convertiría en intolerable la vida.

Las ciudades, por ejemplo, carecerían de ornato y salubridad. El alumbrado no existiría, ¿quién se iba

a ocupar de él? Las calles se conservarían sin pavimentar y los caminos estarían abandonados de todo cuidado. La basura de las casas se arrojaría en cualquier parte. Las obras de edificación se construirían sin ningún contralor, poniendo en peligro la vida de sus moradores. Los artículos de consumo se expenderían sin cuidado alguno, y se los pesaría, mediría o cobraría con criterio antojadizo. No habría hospitales, ni salas de primeros auxilios. No se podría salir a la calle, pues cualquiera podría asaltarnos, robarnos e insultarnos, sin que nadie saliera en defensa de nuestra vida, nuestro honor y nuestra propiedad. Las personas nacerían, se casarían y morirían, sin anotaciones que las identifique, como simples bestias. Los niños que no quisieran ir a la escuela, si las hubiese, sencillamente no irían. No se podría despachar una carta, remitir un telegrama, ni hacer uso de tantas otras comodidades que hoy disfrutamos y que seguramente desconoceríamos en absoluto.

El pueblo deseando vivir tranquilo y rodeado de paz, de orden, de amor, de progreso y de trabajo, ha instituido sus autoridades, con la misión de dirigir y beneficiar la sociedad, creándole derechos e imponiéndoles deberes.

Los que cumplen estrictamente su deber para el mayor progreso y bienestar de sus semejantes, son los únicos que decentemente pueden hacer uso de los derechos que la sociedad otorga; los otros, si bien es cier-

to los explotan para su conveniencia inmerecida, son indignos de pertenecer a la familia argentina.

Todos los habitantes de la Nación Argentina, deben respetar las leyes y las autoridades legítimamente constituídas, porque de otro modo la patria no podría cumplir su luminoso destino.





CORTÉS

En dirección hacia el pueblo, iba saliendo de la tranquera Cipriano Alaniz, muchacho de unos diez años, montado en un zaino manso.

Habíase alejado poco más de una cuadra, después de cerrar la portada, cuando vio venir un carruaje ocupado por dos señoritas.

—Buenas tardes, le dijo una de ellas, ¿sabes por donde se va a la estancia “La Guarida”?

—Por ahí, señorita, contestó señalando el camino, y, quitándose el sombrero, saludó para continuar su viaje.

No había andado cincuenta metros, cuando dió la vuelta, y al galope alcanzó a las del carruaje, se ade-

lantó, se apeó junto a la tranquera, y muy cortesmente les explicó que, para evitarles molestias, habíase vuelto a abrirles, porque con el baúl y paquetes que llevaban, les iba a resultar incómodo bajarse.

Al otro día, a los puestos del establecimiento, llegó la noticia, que en el mismo, se inauguraba una escuela y que todos los niños debían concurrir.

Nuestro amiguito Cipriano, fué de los primeros.

Después de atar su caballo en uno de los árboles entró al galpón, donde por unos días iba a funcionar la escuela.

Cuando entró, la maestra reconoció en el acto al atento paisanito que le había evitado las molestias de abrir y cerrar la tranquera, el día de su llegada.

A los dos años, era el alumno más aprovechado, y el dueño del establecimiento, que se había convertido en una hermosa granja, lo empleó en la administración.

Como era cortés y trabajador, en poco tiempo se ganó el aprecio y la simpatía de todos.

PELUDEANDO

La noche era espléndida, una de esas noches de verano en que las estrellas brillan como a través de un velo. La luna reinaba en el cielo, límpida, sin una mancha; las nubes parecían vagar diluídas en el azul plateado del aire. Aprovechando la claridad salimos a cazar peludos o, como dicen más brevemente los gauchos, a peludear.

Silenciosos y de uno en fondo cruzamos el cardal por una senda tortuosa y estrecha que parecía, sobre la llanura verdinegra y ondulada, un hilo de agua corriendo a impulso de los caprichos del nivel. Ibamos hacia las laderas y cuchillas del terreno, donde, según la opinión de los prácticos, van por la noche los peludos a buscar su alimento, desenterrando raíces jugosas y succulentas larvas. Con la cola levantada y husmeando el suelo, marchaban adelante los perros, también en el silencio de la expectativa.

Salimos del cardal y nos detuvimos a deliberar so-



bre el rumbo. Los perros se echaban alrededor del capataz, que llevaba la pala para cavar y la bolsa para recoger la caza.

De pronto escuchamos hacia la derecha un continuado y persistente ladrido. Corrimos. Uno de los perros había dado, allá, en el repecho de la ladera y en medio de un manchón de macachines, con un gran peludo. Acometido por el perro, rivalizaban ambos en astucia. El perro conocía la férrea coraza del peludo y no ignoraba que si lo ponía de espaldas, sobre el lomo, quedaría el animalejo inhábil para darse vuelta y escaparse, como un escarabajo. Pero el peludo se prendía con sus garras en el suelo, para no dejarse levantar y trataba de ganar la cueva.

Llegamos nosotros y bien pronto la mano del capataz logró lo que el perro tentara en vano. Ahí fué la desesperación del pobre animalejo. Cruzaba sus patitas delanteras sobre el cuello corto y recio y lanzaba murmullos que se dirían quejas. El filo del cuchillo, cortando el cuello de la víctima, puso fin a la escena.

JOSÉ ALVAREZ.

HABITOS DE AHORRO

Todas las personas cualquiera sea su condición pueden ahorrar, ya guardando algo de lo que ganan, ya suprimiendo gastos en cosas innecesarias, y muchas veces perjudiciales a la salud.

Pero el ahorro no consiste solamente en guardar dinero; puede practicarse esta virtud en varias formas y en innumerables actos de la vida.

Muchas veces un gasto puede ser un ahorro, cuando se hace para cuidar la salud, aumentar nuestra capacidad, o evitar males y contratiempos.

Ahorra el que cuida su ropa, sus libros, sus útiles de trabajo, sus juguetes, etc.

Ahorra el que no se excede en la bebida y alimentos, no tanto por lo que se deja de gastar, sino porque así conserva el tesoro más preciado, la salud, que, junto con el honor, hacen agradable y digna la vida.



Ahorra el que contribuye en cualquiera forma al cuidado y conservación de las plazas, jardines y paseos, porque aumentan las posibilidades de mejor vida de los habitantes.

En todas las oficinas de Correos y Telégrafos, funciona la Caja de Ahorro Postal, de modo que cualquier niño, cualquier persona, puede practicar el ahorro, empezando a llenar un boletín con un centavo y obtener la libreta, con un peso moneda nacional.



VUELTA A LA PATRIA

Por fin tornaba a ver la patria después de largos años de ausencia. No bien por entre jirones de la niebla matinal, vi delinearse a Buenos Aires en el horizonte lejano, palpitóme el pecho fuertemente y se me agolparon las lágrimas: "Allí estás, madre ilustre de esclarecidos varones, tutela un día y escudo de la independencia de América, convaleciente apenas de tu fiero martirio. Tu hijo desconocido te saluda con amor y respeto. Demasiado joven para haberte servido con provecho, peregrino, ha quemado su incienso en altares incógnitos y en misteriosas aras. Oscuro, ignorado, sin fortuna, sólo te trae un corazón entero, una fe inquebrantable en la justicia, un deseo vehemente de consagrarse a tu servicio, de sacrificarse, si necesario fuere, por tu dicha".



A medida que avanzo hacia la playa, voy reconociendo los sitios, los templos, los edificios de la ciudad

natal, tan caros a mis recuerdos de infancia. Aquella es la cúpula de la catedral, donde tantas veces vi a mi madre en las místicas elevaciones del sagrario; enfrente, la Alameda, en la cual extraño no ver los grandes ombúes, refugios de mis escapadas de la escuela; a la derecha, las torres del convento de las Catalinas, asilo de vírgenes cristianas, que como el de San Juan, cuya campanita resuena en todas partes en los oídos de los hijos ausentes de Buenos Aires, deja escapar de sus claustros la oración, trasmitiendo a las almas sencillas, su santidad y su perfume. Aquel es nuestro viejo Fuerte con sus macizos murallones, dominados en los extremos por los cubos o atalayas ennegrecidos por el tiempo, venerable monumento de la conquista y de la patria redimida, compendio histórico de nuestra vida, en piedra, desde D. Juan de Garay, su fundador, hasta la revolución de Mayo, y desde entonces hasta el momento oprobioso en que le derribara la piqueta manejada por la mano sórdida de la especulación. Ya se oyen las campanas, las reconozco en el tañido; parece me llamasen a orar. Sí, aquí estoy dando gracias a Dios que conduce la nave al puerto y vuelve al redil la oveja descarriada.

Una ráfaga de pampero ha disipado la neblina. La aurora fresca y brillante se refleja en las aguas que tiñen de púrpura. Ese cielo limpio es mi cielo, esa tierra es mi tierra, allí nací, allí quiero morir.

CARLOS GUIDO Y SPANO.



OPTIMISMO

Aquella fría mañana de invierno, la salida del sol encontró a don Agustín Moreno, honesto agricultor, caminando a la par del arado, del que tiraban dos yuntas de bueyes.

Durante varios años, por la sequía o la langosta, con el trigo y el maíz que cosechaba no podía sufragar los gastos de manutención de la familia, y en las casas de comercio del pueblo sus deudas aumentaban.

—¿Para qué ara, amigo?, le decía un chacarero vecino, desde el alambrado. Más vale dejar que crezcan yuyos para los animales.

—No siempre ha de irnos mal, don Lucio; ten-

go muchas esperanzas, y hoy hemos madrugado más que nunca, con mis hijos y los peones.

Llevo el arado delantero para que me vayan siguiendo. Estoy seguro que este año tendremos una gran cosecha.

Contagiado, don Lucio, por el entusiasmo del vecino, fué a su chacra y dispuso que la arada se iniciara de inmediato.

A mediados de diciembre, una mañana radiante de sol, mientras de la trilladora salía el trigo, como un río de oro que llenaba las bolsas, don Agustín, recostado en la estiba, recordaba con placer aquellas madrugadas, y aquellas tardes, cuando junto al arado entonaba la canción del optimismo, reafirmando su fe en el trabajo y su cariño a la fértil llanura argentina.

Y contemplando el maizal en flor, pensaba que si con el trigo pagaba sus deudas, con el maíz ahorraría algunos pesos, para poder hacer frente al futuro, si le creaba nuevas dificultades.



OTOÑO

Abandonan los árboles sus hojas
a la danza del polvo, en el camino
y en las desnudas ramas, sus congojas
el ave canta, con doliente trino...

Rasga el arado de la tierra el seno
y halla en el surco la semilla nido...
Tibio está el aire, de perfumes lleno,
como de húmedo suelo removido...

El sol entre sus púrpuras se arropa
mientras se va la tarde, lenta y fría;
bebe el labriego su postrera copa
y al reparo del lecho se confía...

LOLA S. B. DE BOURGUET.



LAS SEÑORAS DE Bs. AIRES

Faltando fusiles se encargaron secretamente a los Estados Unidos, pero llegados al puerto en Mayo de 1812, el Gobierno carecía de todo el dinero necesario para pagarlos al contado.

Conocida esta necesidad, los ciudadanos, que ya habían hecho otras erogaciones patrióticas, se presentaron al Gobierno haciendo donaciones de dinero, para "aliviar, decían, el fondo público en el pago de armamento que con tanta satisfacción acaba de recibirse; suplicando se mandase grabar en cada fusil el nombre del que satisfaga su valor; para que al recibirlos en nuestras manos cuando la necesidad lo exija o el Go-

bierno lo ordene, recordemos el juramento de preferir la muerte a la humillación y esclavitud de la patria”.

Las señoras de Buenos Aires, que, como las antiguas sacerdotisas, conservaban vivo el fuego sagrado, transformaron este movimiento de opinión en un nuevo estímulo para los soldados de la independencia, pidiendo que se grabasen sus nombres en los fusiles que ellas iban a costear — “Si el amor de la Patria, le decían al gobierno, deja algún vacío en el corazón de los guerreros, la consideración del sexo será un nuevo estímulo que les obligue a sostener con su arma una prenda del afecto de sus compatriotas cuyo honor y libertad defiendan. Entonces tendrán ellas un derecho para reconvenir al cobarde que con las armas abandonó su nombre en el campo del enemigo y coronarán con sus manos al joven que presentando en ella el instrumento del triunfo dé una prueba de su gloriosa valentía. Y cuando el alborozo público lleve hasta el seno de las familias la nueva de la victoria, podrán decir en la exaltación de su entusiasmo: “Yo armé el brazo de ese valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad”.

Merced a este espíritu y a la acción inteligente y vigorosa del gobierno, la situación militar cambió radicalmente; al desaliento, sucedió la esperanza y el entusiasmo; a la desorganización, el orden administrativo; al ejército deshecho en el Desaguadero, y que retrocedía ante el enemigo victorioso, el ejército re-

hecho y aumentado, que se adelantaba a detener al enemigo; al ejército que levantaba el sitio de Montevideo y evacuaba la Banda Oriental, el ejército que se encaminaba al Uruguay para recuperar el dominio de la Banda Oriental y restablecer sólidamente el sitio abandonado.

ANDRÉS LAMAS.



LAS SIERRAS DEL TANDIL

Ahí están, asentadas sobre alfombras de romeros y margaritas, con las faldas guarnecidas por penachos blancos de cortaderas, vestidas con las hierbas de las piedras (buscadas como medicina por el campesino, como tinta para sus tejidos por el salvaje) con las sienes adornadas con flores del aire o ceñidas por cactus rojos, contemplándose en la transparente corriente de los arroyos que murmuran al deslizarse entre los festones de berro.



Bajando los ojos, la vista se encuentra con las tierras aradas que rodean la base de la colina y que se extienden como un gran paño negro. Ya estamos a pocos pasos de la sierra que vamos a escalar; entre las piedras sueltas del camino saltan las perdices sorprendidas por el ruido de nuestro carruaje.

El pueblo de Tandil, parece, desde aquí, un pueblo microscópico; a nuestro lado, moles inmensas; al

frente oleadas de granito de fácil acceso; allí, grutas abiertas en el cuerpo de la sierra; más allá, nichos formados por la separación de dos piedras cuya entrada defienden plantas de cactus o penachos de cortadera. En estos huecos, en estas grutas, en estos nichos, los ecos de la palabra del hombre, se confunden con los murmullos del viento.

SANTIAGO ESTRADA.





A MI PATRIA



atria! Yo sé que por tu amor, la vida
bulle en mi ser. . . Cuando en el alma siento
la llama de la fe, por ti encendida,
sube, en una plegaria estremecida,
volando hacia tu altar mi pensamiento.

Juventud, entusiasmo, ilusiones,
todo se nutre de tu fiel cariño;
tu soplas esperanzas en las canciones
purísimas del niño;
sobre la blanca nieve de los años
que cubre la cabeza del abuelo,
dejas caer un resplandor del cielo,
para ahuyentar los tristes desengaños;

y al borde de la cuna,
donde la madre duerme al inocente,
bajas en un destello de la Luna
para besar su venerable frente!

¡Todo eres tú! . . . La luz que me rodea
jugando con magníficos cambiantes
en las nubes lejanas,
que en las aguas del Plata centellea
y hace cuajar los campos de diamantes
al encender el sol de las mañanas.

La luz, el aire, el cielo, el bosque, el río,
la abrupta cordillera
y el peñasco bravío,
los frutos del estío
y el alegre rumor de primavera.

¡Todo eres tú! . . . ¡Las voces de la gloria
que, en lo más hondo de mi ser, murmuran
la inmortal epopeya de tu historia;
los anhelos de hoy; las esperanzas
que mi paso apresuran
en pos de misteriosas lontananzas!

Y todo a ti me entrego,
con lo que tengo y lo que soy! Centella
que descubrió tu corazón de fuego,
quiero seguirte por la senda oscura.

¡Quiero ser, en tus noches, una estrella
y alumbrar tu camino hacia la altura!

ERNESTO J. ETCHEVERRY.

FIRMEZA

La firmeza es acero en la palabra y diamante en la conducta. La palabra es sonora cuando es clara; todos la oyen si la pasión la caldea y a todos contagia si inspira confianza. La autoridad moral es su eco, la multiplica. Más vale decir una palabra transparente que murmurar mil enmarañadas. Los que tienen una fe o una ideología desdennan a los retóricos y a los sofistas; nunca se construyeron templos con filigranas, ni se ganaron batallas con fuegos de artificio.



Cuando es imposible hablar con dignidad, sólo es lícito callar. Decir a medias lo que se cree, disfrazar las ideas, corromperlas con reticencias, hacer concesiones a la mentira hostil, es una manera hipócrita de traicionar el propio ideal. Las palabras ambiguas se enfrían al ir de los labios que las pronuncian a los oídos que las escuchan; no engañan al adversario que

en ellas desprecia la cobardía, ni alientan al amigo que descubre la defección.

De la palabra debe pasar la firmeza a la conducta. No se cansaban los estoicos de recordar el gesto firme del senador Helvidio Prieco.

Pidióle un día Vespasiano que no fuera al Senado, para que su austera palabra no perturbara sus planes.

—Está en vuestras manos quitarme el cargo, pero mientras sea senador no faltaré al Senado.

—Si vais, repuso el emperador, será para callar vuestra opinión.

—No me pidáis opinión y callaré.

—Pero si estáis presente no puedo dejar de pedíroslo.

—Y yo no puedo dejar de decir lo que creo justo.

Pero si lo decís os haré morir...

—Los dos haremos lo que está en nuestra conciencia y depende de nosotros. Yo diré la verdad y el pueblo os despreciará. Vos me haréis morir y yo sufriré la muerte sin quejarme. ¿Acaso os he dicho que soy inmortal?...

Graba este ejemplo en tu memoria, artesano, poeta, sembrador o filósofo. Probable es que no puedas imitarlo en grado heroico, pero no lo olvides en tu habitual escenario. Haz de él un mandamiento de tu credo. Piensa que el porvenir de tu pueblo está en el temple moral de sus componentes.

JOSÉ INGENIEROS.

EL PERRO

No temas, mi señor: estoy alerta
mientras tú de la tierra te desligas
y con el sueño tu dolor mitigas
dejando el alma a la esperanza abierta.

Vendrá la aurora y te diré: "Despierta:
huyeron ya las sombras enemigas".
Soy compañero fiel en tus fatigas
y celoso guardián junto a tu puerta.

Te avisaré del rondador nocturno,
del amigo traidor, del lobo fiero,
que siempre anhelan encontrarte inerme.

Y si llega con paso taciturno
la muerte, con mi aullido lastimero
también te avisaré . . . ¡Descansa y duerme!

MANUEL JOSÉ OTHOU.



ALGUNOS CONSEJOS

- 1º Las personas que cumplen su palabra, son las que triunfan en la vida.
- 2º La higiene ha sido reconocida por los hombres de ciencia y por los que la practican, como el mejor tónico de la salud.



- 3º El hombre puntual, es un hombre de honor.
- 4º El niño asiduo al estudio no tendrá nunca que lamentar una mala nota, por más que la inteligencia no le favorezca.
- 5º El niño atento necesariamente deberá triunfar en la escuela, porque con el ejercicio de esa buena

práctica simplificará su trabajo, al escuchar las sabias explicaciones de sus buenos maestros.

- 6º El que es ordenado y prolijo, sobre el beneficio de vivir en un ambiente de higiene y de salud, posee la ventaja de poder disponer de más tiempo para perfeccionarse y triunfar.

- 7º El que es respetuoso con sus padres, sus maestros, sus compañeros, y con las personas que lo rodean, reconociendo así la superioridad moral, intelectual o física del que la posee, ha de llegar siempre a lo que se propone.
- 8º El que descuida los consejos de las personas mayores y los de aquellas que saben más que él, difícilmente logrará ser un hombre de bien.
- 9º Que todos los días al acostarnos podamos decir: "He sido bueno".



LA PAMPA DE AYER Y LA DE HOY

El ejército argentino llevó a la Pampa, en su conquista civilizadora, la seguridad territorial, la paz indígena y la depuración. La Pampa, la ondulante, la eterna Pampa, la



“de Dios sólo cono-
[cida
que él sólo pudo son
[dar”;

la del caldén milenar-
rio, la de las dunas
caprichosas, la del
silvestre alfilerillo, la
de las lagunas, la de
los bosques, tenía
que romper el velo
de la leyenda y abría
su misterio a la civi-
lización. Nos imagi-
namos la sorpresa
que causaría en los
austeros padres de la
patria, el alegato de Avellaneda, robusteciendo en su

mensaje al Congreso, del 14 de agosto de 1878, la petición de acuerdo para arbitrar los recursos reclamados por la campaña civilizadora. "El ministro actual de la guerra — decía el ilustre Presidente — ha recorrido personalmente estos lugares y puede asegurarse que son inmejorables para la ganadería y aún para la colonización. Abundan pastos de varias clases; el agua dulce y clara se encuentra en grandes lagunas, al pie de los médanos de arena; y donde no se la ve en la superficie, se oculta tan de cerca, que basta levantar algunas paladas de arena para que surja en abundancia del seno de la tierra".

Asegurada la tranquilidad territorial; destruido el señorío salvaje; francos los caminos; libres los campos; garantida la propiedad privada con el amparo de la ley; se abría la Pampa como un tesoro invalorado al empuje civilizador. Sobre las huellas frescas de nuestra caballería, se plantaba la colonia. Eclosionaron los pueblos. El tren, detenido en el Azul, avanzó campo afuera mientras nuevas ferrovías pobladoras debían llegar al corazón del país de los caldenes, llevando el éxodo emigrador. Cuarenta años después de aquella gran cruzada, capaz de consagrar por sí sola la figura del héroe, el viajero de hoy mira desde el tren la campiña florida. Se renueva el paisaje con la loma tapizada de verdura, la arboleda de sauces, de eucaliptus y de aromas; el chalet elegante, sobre el camino decidor y geométrico, linde y motor de la propiedad sub-

dividida. Un hálito de vida nueva invade el solar infinito. Y todo se transforma: ¡Hasta los vientos! Cae el bosque bajo el hacha del leñador. Mueren los pastos punas al cruce del arado y se alegran los predios con las gramillas y el aromado trebolar. ¡Y qué transformación! Ya no se queja en los senderos el chirrión de dos ruedas que conducía a nuestros bravos oficiales del ejército a su destartalada estación telegráfica. El salto ha sido brusco, fundamental, imprevisto, vertiginoso. De la carreta al automóvil; de la vaca cueruda y flaca, a los más nobles ejemplares de la más alta mestización; del trigo salvaje, cultivado a la buena de Dios, al trigo campeón consagrado en el más significativo de nuestros certámenes con el nombre de trigo argentino; del lanar pampa, al Lincoln, a la cruza fina. Quiere decir que sobre la redención territorial vino de golpe la savia nueva. La Pampa es el único de nuestros territorios del que puede decirse que no ha tenido adolescencia. Y de este modelo de colonización es posible que no pueda jactarse ninguna nación de la tierra.

W. JAIME MOLINS.

RICARDO GUTIERREZ

Se presenta generalmente a la juventud, (educando) como ejemplos dignos de imitar, a los guerreros que han luchado por la patria y se elogia su valor y las virtudes que supieron cultivar en su vida.

Los actos patrióticos despiertan así en la mente juvenil la emulación. Noble tarea es, sin duda, la de los educadores que tales hechos relatan; pero no debemos olvidar por ningún motivo a los buenos argentinos que han seguido otro orden de ideas: aquellos que han hecho la jornada en el campo científico, literario o artístico.

Los héroes civiles son tan dignos de recordación como los guerreros, y si sus proezas pasan inadvertidas es porque el espíritu humano se halaga más fácilmente con las glorias militares.

No pensemos que solamente en los campos de batalla se llega a héroe o prócer.

Es héroe el biólogo que dentro de las paredes de su gabinete pasa la existencia entregado al estudio de



la célula y de sus transformaciones para explicar los fenómenos de la vida.

Es prócer el escritor que investiga con método los grandes hechos de la humanidad y penetra en el análisis de sus causas y efectos para juzgarlos con el criterio ecuaníime del historiador y del filósofo.

Es héroe el médico que despreciando su propia vida procura arrebatar sus presas a la muerte, entregándose a investigaciones con los microorganismos que propagan las enfermedades que azotan a la raza humana.

Es prócer, el poeta que con las alas de su genio canta en armoniosos versos las epopeyas gloriosas de su patria y de la humanidad.

Es héroe el educador que emplea todas sus energías mentales para nutrir el cerebro del niño con los principios de la ciencia positiva que forma la base de los conocimientos humanos y para grabar en su conciencia la norma del deber.

Es prócer el explorador que descubre la cuna de los ríos, describiendo zonas desconocidas; y el que atraviesa los desiertos expuesto a todos los peligros sólo para llegar algunos nuevos informes a la historia de nuestro planeta.

Es héroe el astrónomo que se desvela investigando los fenómenos celestes, que analiza la marcha de los astros, predice matemáticamente las conjunciones y la periodicidad de los cometas y deduce de la gravi-

tación universal la pluralidad de los mundos habitados.

Es prócer, en fin, el artista que sintiendo la chispa del genio, trasmite a la tela las sensaciones de la vida con pinceladas coloristas y anima el mármol a golpes de cincel, creando la belleza plástica.

Héroes y próceres son, pues, los hombres que animados del más alto desinterés filosófico, científico o artístico, trabajan con todo el poder de su talento en provecho de la civilización y de la cultura de los pueblos.

Entre los próceres de la República debemos contar sin duda a Ricardo Gutiérrez, quien por su actuación sobresalió notoriamente en todas las esferas, donde se manifestaron sus actividades intelectuales. Fué un astro que brilló con luz propia, porque era un grande espíritu y un gran corazón, emanando de toda su personalidad, de toda su vida, una simpatía enorme.

Poeta, sus cantos, que hoy admiramos, fueron la expresión más vibrante del alma de una generación idealista; soldado, cumplió gallardamente con su deber de argentino, contándose entre los combatientes de Cepeda y Pavón y de la terrible contienda paraguaya; médico, unió al genio del clínico la bondad de las almas más tiernas y afectivas.

JOSÉ EUGENIO COMPIANI.

BAÑO SERRANO

Cuando se pone el sol, bajo el arroyo
y al agua, nadador, feliz me entrego.
¿Me visteis zambullir? ¡Ah, qué delicia
en el rostro mojado el aire fresco!

¡Qué alegría en la tarde calurosa
la frescura del agua y el sosiego
de los divinos montes solitarios,
mientras se queman de arbol los cielos!

¡Qué alegría y qué fiesta en el crepúsculo,
sacudir empapados los cabellos
y quedarse tendido en la corriente,
oliendo arroyo y escuchando viento!

Luego el campo se llena de susurros
y se diría que no pasa el tiempo.
En la paz de la tarde, toda el alma.
En la dicha del agua, todo el cuerpo.

Mas ya se apaga el arrebol lejano
y se oscurecen los pesados cerros.
La tarde se corona de violetas
y echa en el agua pensamientos negros.

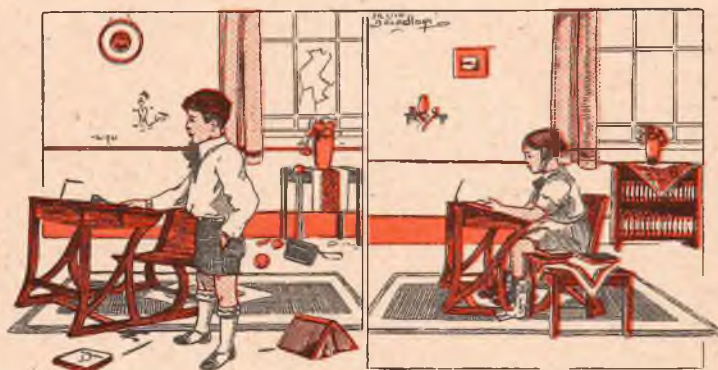
Entretanto se eleva en el ribazo
la música del grillo. Y floreciendo
desde la eternidad sobre este mundo,
azucena de Dios, brilla el lucero.

Y murmura el arroyo entre las piedras...
Y un murmullo sin fin colma el silencio...
He salido del baño, me he vestido.
Monto a caballo y a las casas vuelvo.

¡Cómo está de luciérnagas la noche!
Vívidas bullen por los campos negros,
y el tuco enciende su esmeralda errante
allá por lo fantástico del cielo...

ARTURO CAPDEVILA.

ORDENADO Y PROLIJO



Marta y Hugo son dos hermanitos que concurren a la misma escuela del pueblo, y si bien es cierto que la niña es menor que el varón, en cambio le aventaja de grado. Ella cursa el cuarto grado, y él el tercero.

Hijos de padres de buena situación económica disponen de las comodidades necesarias, las que sin duda alguna contribuyen a facilitarles las tareas escolares.

Para que no se distraigan durante las horas de estudio, cada cual posee su habitación, con el encargo de tenerla limpia y ordenada.

La niña así lo hacía, pero el varón se olvidaba comúnmente de cumplir con esa obligación, puesto

que si Marta tardaba un tiempo en preparar sus deberes escolares, Hugo debía emplear ese mismo tiempo y a veces más, en buscar los útiles del colegio, que jamás recordaba en qué sitio los había dejado.

Inútiles fueron los consejos, hasta que un día, hace de esto tres o cuatro meses, a causa de la pérdida de un paseo se corrigió definitivamente.

Aquel sábado no habían podido estudiar, porque tuvieron que concurrir a la casa de un pariente enfermo. El domingo siguiente, tampoco lo hicieron, por razones propias del hogar, y en la hora del almuerzo convinieron en que antes de concurrir al cinematógrafo, dejarían todo preparado para la clase del próximo día.

Cuando llegó la hora de alistarse para salir, Hugo no pudo hacerlo porque no había terminado su trabajo.

—Mamá, me quedaré en casa, no debo acompañaros, pero este contratiempo me servirá de severa lección; no será Hugo, el que pierda por desordenado y desprolijo otra función cualquiera.

Imagínate, que hace quince días que veníamos comentando con Marta el argumento de la película de hoy, uno de los más interesantes del año, y es precisamente ese el que tengo que dejar de ver por culpa mía.

La madre lo oyó; de mil amores le hubiera pedido que dejara los estudios para más tarde, pero se limitó a acariciarlo y decirle: —Así me agrada oírte; pre-

para tus lecciones, para que puedas decir: He cumplido mi deber.

Al regresar de la exhibición cinematográfica quedaron asombrados ante el orden que reinaba en la habitación de Hugo, orden que, en honor a la verdad, nunca más ha dejado de conservarlo hasta el presente.

Hugo es más inteligente que Marta, a ello se debe que en la actualidad, tarde menos tiempo que su hermana en realizar los trabajos de la escuela.

No será difícil que, habiéndose enmendado a tiempo, llegue a igualarla en los estudios y quizá, ¿por qué no?, al fin es mayor, llegue a superarla.





FRANQUEZA

Don Eustaquio Frías, el año 1830 fué llamado al servicio del ejército y se excusó haciendo presente su mal estado de salud; mas uno de los edecanes del general Rosas le aconsejó que se presentase personalmente



prometiéndole proporcionarle el modo para que aquél lo recibiese. A los pocos días de esta oferta, se resolvió a presentarse. El edecán lo anunció y lo condujo a una pieza donde estaba el general en mangas de camisa, chinelas y sombrero de paja con ancha cinta punzó. Después de saludarlo preguntó cuál era el objeto de su visita, a lo que contestó que en ese año había presentado al Gobierno la solicitud que tenía el honor de mostrarle. La tomó y dió principio a la lec-

tura, diciendo al sirviente que le trajera mate. Después de haber leído parte de la solicitud, le dijo: —Usted ha sido oficial de Lavalle. —No, señor Gobernador, he servido bajo sus órdenes como militar que soy. —¿Pero usted no querrá servir con los federales? —No, señor, no es que no quiera, sino que mi salud no me lo permite. —Pero usted es joven y puede hacer carrera. —Ruego a V. E. me conceda mi retiro, pues mi capital consiste en una peseta, y creo que de changador, en los años que he servido a mi patria, tendría diez pesos. —Todo es porque siempre ha servido a gobiernos ingratos. —Si el señor Gobernador me permite que le hable con franqueza, le diré los motivos que me obligan a no servir: primero, lo quebrantado de mi salud; segundo, la ingratitud de los gobernantes y tercero, que pertenezco a un partido contrario a V. E. y mis sentimientos tal vez me obligasen a traicionarle; para no dar un paso que me degrade, suplico a V. E. se digne concederme mi retiro. —Me agrada la franqueza de usted. A las once véame en mi despacho.

Al día siguiente, al entregarle el general Rosas la cédula de inválido, le dió quinientos pesos, diciéndole: “Cuando usted se halle necesitado, no busque al general Rosas, sino a Juan Manuel Rosas”. Le dió los agradecimientos Frías, y no volvió a verlo más.

EL GENERAL BELGRANO

Por más críticas que fuesen nuestras circunstancias, jamás el general Belgrano se dejó sobrecoger del terror que suele dominar a las almas vulgares, y por grande que fuese su responsabilidad, la arrostró con una constancia heroica.

En las situaciones más peligrosas, se manifestó digno del puesto que ocupaba, alentando a los débiles e imponiendo a los que suponía pusilánimes. Jamás desesperó de la salud de la patria, mirando con la más marcada aversión a los que opinaban tristemente.



Dije antes que estaba dotado de un gran valor moral, porque efectivamente no poseía el valor brioso de un granadero, que lo hace a un jefe ponerse al frente de una columna y precipitarse sobre el enemigo. En lo crítico del combate, su actitud era concentrada, silenciosa, y parecían suspensas sus facultades: escuchaba lo que decían y seguía con facilidad las insinuaciones racionales que se le hacían; pero cuando hablaba, era siempre en el sentido de avanzar sobre el enemigo, de perseguirle, o si él era el que avanzaba, de hacer alto y rechazarlo.

En los contrastes que sufrieron nuestras armas bajo las órdenes del general Belgrano, fué siempre de los últimos que se retiraron del campo de batalla, dando ejemplo y haciendo menos graves nuestras pérdidas. En las retiradas, que fueron las consecuencias de esos contrastes, desplegó siempre una energía y un espíritu de orden admirables; de modo que, a pesar de nuestros reveses, no se relajó la disciplina, ni se cometieron desórdenes.

Recuerdo que al día siguiente de la derrota de Ayohuma hizo formar en círculo, después de la lista, los menguados restos de nuestro ejército, y colocándose en el centro, rezó el rosario, según se hacía ordinariamente. Fuera de los sentimientos religiosos que envolvía esta acción, quería hacer entender que nuestra derrota en nada había alterado el orden y la disciplina.

¡Honor al general Belgrano! El supo conservar el orden tanto en las victorias como en los reveses. Cuando él mandó en esos días de luto y de desgracia, los paisanos y los indios venían apaciblemente a traer las provisiones al pequeño cuerpo que se retiraba; lejos de manifestarnos aversión, solo se dejaba percibir, en lo general, un sentimiento de simpática tristeza.

No hubo entonces riñas fratricidas, ni pueblos sublevados para acabar con los restos del ejército de la Independencia; nada de escándalos que deshonran el carácter americano y manchan la más justa de las revoluciones.

JOSÉ M. PAZ.



ECHA LA SIMIENTE..:

El surco está abierto, y su suave hondor
Bajo el sol semeja una cuna ardiente.

¡Oh, labriego! tu obra es grata al Señor:

¡Echa la simiente!

Nunca, nunca el hambre, negro segador,
A tu hogar se llegue solapadamente.

Para que haya pan, para que haya amor,

¡Echa la simiente!

La vida conduces, rudo sembrador,
Canta himnos donde la esperanza aliente;
Burla a la miseria y burla al dolor;

¡Echa la simiente!

El sol te bendice, y acariciador
En el viento Dios te besa en la frente.
Hombre que echas granos, hombre creador,

¡Prospera tu rubia simiente!

GABRIELA MISTRAL.



BUEN HERMANO

Los parroquianos habían regresado, después de haber acompañado los restos del buen vecino, don Santiago.

El pobre hombre no había podido resignarse ante la muerte de su esposa, y al morir dejó en la mayor indigencia a tres pequeñas criaturas, la mayor de doce años de edad.

Estaban los amigos discutiendo sobre la forma de hacerse cargo de la educación y mantenimiento de los huérfanitos, cuando Emilio, el mayor, manifestó el deseo de velar él por sus hermanos, para lo cual se dedicaría a la venta de diarios, seguro de que iba a ganar lo suficiente para poder hacer frente a la nueva situación creada.

Todos felicitaron al pequeño héroe, por su actitud tan valiente y resuelta, y lo dejaron hacer, sin dejar de vigilarlo, para socorrerlo si fuese necesario

y evitar al mismo tiempo que tomase un mal camino.

Bien pronto se dieron cuenta que se hallaban en presencia de un niño, hecho todo un hombre, que no sólo aspiraba al sostenimiento de sus hermanos, sino que deseaba educarlos y educarse al mismo tiempo.

Demás está decir los sacrificios que tenía que tolerar para poder costear los estudios en la forma que lo hacía, y poder él también al mismo tiempo, concurrir a una escuela nocturna con el fin de completar su educación; lo cierto es que a los diez años de haber desaparecido sus amorosos padres, lo vemos actuando al frente de una sección de una importante casa de comercio, al tiempo que sus hermanos Enrique y José, terminaban sus estudios secundarios.

Han pasado de esto muchos años; en la actualidad los tres jóvenes, ocupan altas posiciones económicas y sociales. Uno se dedica al ejercicio de la medicina, otro atiende la dirección del gabinete de química de una gran empresa industrial, y el tercero, Emilio, es gerente de una acreditada casa importadora de tejidos.

Los viejos vecinos, cuando los ven pasar, siempre unidos, los saludan afectuosamente, y más de una vez comentan acerca de lo que puede el amor fraterno ante el honroso ejemplo que tienen a su vista.

HIMNO NACIONAL

Conociendo la grande importancia que los cantares heroicos tienen para levantar y simbolizar el entusiasmo patriótico de los pueblos, la Asamblea encargó a Fray Cayetano Rodríguez y a don Vicente López,



indicados ya por obras análogas en los años anteriores que presentasen dos himnos para elegir el que había de ser consagrado como "Himno Nacional". Abierta la sesión del 11 de Mayo (1813) el Señor López presentó su canto heroico.

Desde la primer estrofa prorumpieron con estrépito los aplausos de los diputados y de la barra. El señor Rodríguez declaró que no tenía pronto ni presentaría el suyo, porque su opinión era que debía sancionarse por aclamación al que acababa de leerse. La Asamblea lo aclamó en el acto mandó que se entonasen en todas las fiestas oficiales, y que en la aurora de los aniversarios del "Veinticinco de Mayo", los niños de las escuelas se congregasen en la plaza comunal a saludar el sol naciente con el canto nacional. La concurrencia de la barra salió por las calles declamando: "Oid mortales el grito sagrado — Libertad, libertad, libertad", que les había quedado en los oídos. ¡Oh, si hubiéramos tenido tan buen sentido político como entusiasmos generosos, habríamos sido

sin duda una de las estrellas más lucientes de nuestro siglo!

* * *

Don Vicente López (y Planes) nació en Buenos Aires el 3 de Mayo de 1784. Fué su padre un comerciante y propietario nacido en las montañas de la Liébana (España), que siguiendo la dirección del coronel don Pedro Andrés García, padre del ilustre estadista don Manuel José García, contemporizó con la causa de sus hijos, sin actuar personalmente, y con la de los Planes, familia nativa del país en el que se había casado. El joven López y Planes se educó en el colegio de San Carlos con M. J. García, T. M. Anchorena, Nicolás Vedia, Matías Patrón, etc. Fueron allí sus profesores el eminente latinista don Pedro Fernández, y el presbítero don José Valentín Gómez, tan ilustre patriota después. Tomó grado de licenciado en Derecho en la Universidad de Charcas, con el traje de Capitán de Patricios, a que fué ascendido por su comportamiento en la defensa de 1807, por lo cual y por haber sido secretario en la primera expedición de 1810 al Alto Perú habría tenido derecho a figurar entre los guerreros de la Independencia. Escribió el Triunfo Argentino en 1807, y otras obras poéticas y de prosa que han colocado su nombre en las páginas literarias de su tiempo; y ocupó altos puestos en la Magistratura, dejando un nombre sobre el que no cayó jamás la más ligera reprobación.

VICENTE FIDEL LÓPEZ.

GRANDEZA MORAL

Al llegar con sus tropas a Pozo Verde, Güemes ordenó un alto; y separándose momentáneamente de ellas, fué a visitar a un amigo a una hora de distancia.



Aprovechando su ausencia, dos jefes rendidos a los rivales del grande hombre lo acusaron de ambicioso y de traidor; y mandando formar cuadro a la división, proscribieron a Güemes y proclamaron abiertamente la rebelión.

Los soldados obedecieron, pero guardando un silencio que los traidores interpretaron favorablemente, y seguros ya de su infame designio, quisieron apoderarse de dos edecanes de Güemes; pero ellos huyeron a tiempo, corriendo el uno a dar aviso a su jefe, mientras el otro, buscando a don Manuel Puch, que al mando de una fuerza considerable debía hallarse en Miraflores, vino allí a derramar el dolor y la desolación.

Cuando Güemes entendió que sus soldados se ha-

bían rebelado contra él, su corazón sintió un dolor inmenso, dolor de un padre traicionado por sus hijos; y deseando morir a manos de los ingratos que lo abandonaban, rompió su espada, y corriendo hacia el sitio del motín arrojóse desarmado al centro del cuadro.

Al verlo llegar, los soldados prorrumpieron en gritos frenéticos de alegría; y precipitándose sobre los pérfidos que habían querido engañarlos, arrastráronlos encadenados para sacrificarlos a sus pies.

El héroe los detuvo: “Dejadlos, hijos míos — les dijo, — no manchéis vuestras nobles lanzas con sangre de traidores. Esos hombres debían morir por mi mano; y... veis... arrojé mi espada porque no quería matarlos. Entreguémosles a sus remordimientos, y corramos a prevenir el escándalo y el dolor que ese incidente habrá sembrado entre los defensores de la patria”.

Y dejando a esos dos hombres presa de su vergüenza, siguió rápida y triunfalmente su marcha hasta Miraflores.

JUANA MANUELA GORRITI.

HÁBITOS DE TRABAJO

Todas las mañanas, casi en seguida de salir el padre para el trabajo, Leandro se levantaba, leía el diario, hacía los deberes para la escuela, y ayudaba a su madre en sus quehaceres.



Sus compañeros del turno de la tarde, mientras tanto, dormían o jugaban sin preocuparse de sus lecciones, ni de ayudar en los trabajos de la casa.

En la escuela era un niño atento, siempre estaba alegre y ayudaba a todos, con explicaciones e indica-

ciones. Sus condiscípulos lo respetaban y sentían por él un gran cariño.

Cuando terminó el año, algunos se prepararon para ingresar en el Colegio Nacional y otros se emplearon.

Leandro entró como aprendiz en un gran taller mecánico y muy pronto se distinguió porque además de madrugador y diligente, era tal su atención por lo

que hacía, que al poco tiempo fué el primero en descubrir las fallas de los motores y máquinas que llevaban al taller.

Asistía a cursos nocturnos de una escuela de enseñanza industrial y al poco tiempo fué el hombre a quien todos en el taller, tenían algo que consultar.

Los dueños, comprendiendo que si quería instalarse con un taller propio, las casas mayoristas e introductoras lo ayudarían, le propusieron asociarlo.

Aunque comprendía que instalándose solo iba a progresar muy pronto, no quiso separarse de quienes lo habían encaminado en los primeros pasos.

Entró a formar parte como socio, introdujo reformas, adquirió aparatos modernos, que conocía por las revistas y explicaciones de sus profesores, y en poco tiempo el taller se convirtió en un establecimiento industrial de los más importantes y acreditados de la ciudad.

Sus antiguos compañeros lo visitaban, unos para encargarle trabajos, otros para consultarlo, algunos para que los ayudase en sus dificultades, y siempre encontraban al amigo leal, dispuesto a dar y hacer lo que podía en bien de los demás.

MODESTIA

Jamás la oí lamentarse de la situación económica de su hogar, y eso que ciertamente no era del todo brillante.



Su padre, un humilde artesano, apenas si ganaba lo indispensable para la manutención de su numerosa familia, compuesta de cinco hijos, y los padres de su esposa.

Es cierto que María había educado convenientemente a sus pequeños hijos, con el ejemplo de una vida por completo consagrada a la práctica de la virtud; pero así y todo parecía que Noemí había nacido para mayor ventura de esa gente, al punto que las estrecheces económicas pasaban casi inadvertidas, en medio del amor y del contento que reinaban en el hogar.

La buena niña, distraía toda su inteligencia y buena voluntad en el embellecimiento de la casa, atizando su ingenio y habilidades manuales, hasta disimular las privaciones.

Jamás solicitó a sus padres algo que pudiera mortificarlos, ante la imposibilidad de satisfacer el pedido de un hijo, y cuando adivinaba algún pesar en sus progenitores, siempre risueña y contenta, los animaba con manifestaciones terminantes, que hablaban en favor de un espíritu amoroso, modesto y grande.

Nunca se sintió vanidosa de su saber en la escuela, y cuando las compañeras la elogiaban por su libreta de calificaciones, que era de las mejores, respondía, sincera y humildemente, que tal hecho carecía de toda importancia.

Si una condiscípula le pedía algún dato, con toda sencillez se lo facilitaba, sin mortificar en modo alguno a la que se acercaba a ella, con tal motivo.

Y esta niña que llenó de felicidad a su hogar y a su escuela, fué más tarde una excelente esposa y amantísima madre, respetada y querida por todos los que tuvieron la dicha de tratarla.



PANORAMAS DE SAN JUAN

I

Los autos componen una característica de la vida moderna; con ellos San Juan sufre una transformación que no sospechábamos el 90, año del coche y del carro. Es una transformación semejante a la que experimentara con el ferrocarril, hace poco menos de medio siglo.

Antes la ciudad y la finca, separada por tres, cuatro o cinco horas de viaje en callejones polvorientos, eran distintas. Hoy familias de Caucete y Albardón concurren al teatro y vuelven a sus hogares gozando el fresco de la noche de verano o abrigados dentro del auto cerrado, en invierno. La ciudad parque sería, bajo el toldo de las grandes hojas y entre el susurro de los arroyuelos desprendidos de los canales, pródiga en lugares pintorescos. A veinticinco kilómetros, con torrentes al pie, fáciles de transformar en corriente eléctrica, las canteras de cemento son inagotables. Un domingo caluroso salimos a explorar los alrededores; andando, un cuarto de hora después estábamos en la estrecha quebrada del Zonda, por donde baja el Estero entre las faldas de 600 metros y huertas que convier-

ten en un río de verdor los 7 kilómetros hasta el balneario, y abrimos sobre el umbroso valle del mismo nombre, como el Tulún, llano y regado por múltiples acequias, tapizado de parrales, de los que colgaban racimos de 4 ó 5 kilogramos, con álamos y sauces que

dan sombra a las avenidas y a las viviendas. El valle no tiene más de 100 kilómetros cuadrados; de modo que cinco minutos después trepamos el Cerro Blanco, en frente; a



60 metros de altura, desde la plataforma, se despliega el vasto dominio del río, hasta el Pie de Palo, ofreciendo bajo el sol de la tarde, un panorama dilatado, hasta perderse en el vaho tenue de su propio verdor.

II

Rato hacía que no soportábamos los 35 grados; la brisa oxigenada nos envolvía en una temperatura deliciosa. Este es el camino a Calingasta, dice mi acompañante, cuyos cien kilómetros han costado algunos millones, sin bosques, ni cataratas, ni picos nevados; pero uno de los paseos más característicos del mundo por la

majestad de sus ríos secos y sus imponentes perspectivas.

El auto se cruza con otros; deja un recodo, atraviesa un puente y nos pone sobre el abismo; allá en el fondo, a 150 metros, el ancho río se divide en cinco brazos y corre torrencioso arrastrando el limo fecundo que repartirán los canales y acequias por las fincas hasta 80 Kms. de donde estamos, de sierra a sierra; del otro lado, a mil metros, la otra falda dorada por el sol; hacia el oeste, muy lejos, cerrando el curso del río, otra sierra triangular coronada de nubes oscuras, lo abre en dos.

Estamos a 60 kilómetros y nos sentimos dentro de la misma cordillera, seca, sin arbustos, sin yerbas, sin ranchos, sobre el ribazo de una falda de 1.200 metros, cuya desnudez ofrece raras estratificaciones y figuras rellenas de ocre a veces rojos, a veces amarillos, entre rocas que se desgranán como si se descompusieran bajo la acción del sol y del aire.

III

Se nos pincha una goma; este accidente, mal previsto por mi amigo, nos demora cuarenta minutos. Hacia la cordillera se advierte un avance rápido de sombras; juzgo prudente volver antes de que nos tome la noche en un camino lleno de curvas y precipicios.

Una hora después cruzábamos viñedos con hermosas casas-quintas y jardines, de la Bebida y Desamparados, para bajar en el Parque de Mayo, paseo florido de San Juan.

Pero San Juan no solamente ofrece excursiones pintorescas como a Calingasta, a Zonda y al Cerro Blanco; sino que, donde quiera que el auto, el ómnibus y la "bañadera" se dirijan, se reciben sensaciones emocionantes de las arboledas, del río; desde los puentes, desde los cerros; en las quebradas, en los balnearios, sin recorrer distancias mayores de 40 kilómetros. Es inmensa la variedad de flores y yerbas para todas las curas, desde el boldo a la jarilla, que ofrecen las tierras sin cultivar y al parecer misérrimas.

Como veis, es fácil combatir en 20 minutos las horas de bochorno, subiendo a un auto y largándose al Marquesado, a Santa Lucía, a Zonda, viaje que realizan regularmente el ómnibus y la bañadera, donde no falta jamás una corriente de agua y la sombra de un corpulento nogal donde saborear un cesto de frutas.

VÍCTOR MERCANTE.

LA CALANDRIA



Tiempo hacía que yo me ocupaba en el cultivo de una de las bellísimas islas del Delta. Una hermosa mañana de otoño salí de mi choza al amanecer,

a dar un paseo por mi posesión. Caminaba lentamente; ya atravesando plantas de jóvenes frutales que me presentaban sus primicias, hermoseedas con el lustre del relente; ya siguiendo las sendas umbrosas del monte, donde las aves que acababan de despertar saltaban de rama en rama, haciendo caer sobre mí una lluvia de rocío; ya abriéndome paso por la espesura y vagando sin sendero...

A cada paso se ofrece un objeto nuevo, una plan-

ta, un insecto en que se descubren nuevas maravillas, que tienen el espíritu en incesante fruición. La naturaleza, infinita en su variedad y portentosa en sus obras, ofrece al observador una fuente inagotable de goces intelectuales, que jamás termina en la fatiga y el hastío de los placeres de los sentidos.

Absorto en estas reflexiones, no había notado que ya un sol radiante había disipado las sombras del crepúsculo y los vapores del río. Me hallaba a la entrada de un dilatado bosque de ceibos imponentes por su grandeza, bellos por sus flores y los festones de lianas que ondeaban de copa en copa, amenizados por los juegos de la luz del sol que penetraba en lampos temblorosos por entre el agitado ramaje. El árbol que me daba sombra estaba más espléndidamente decorado que los otros; entre mi árbol y el bosque se extendía un pequeño campo y en medio de él había un mirto florido. Mil susurros agradables se sucedían a mi alrededor, y un ambiente fresco y oloroso, no sé por qué al respirarlo me llenaba de contento, y embargaba mi espíritu en una vaga y dulce contemplación.

Repentinamente despierta mi atención una música deliciosa, que parecía resonar en todos los ámbitos del bosque. Cuanto acento encantador puede salir de la garganta de las aves, cuantas seducciones hay en los instrumentos músicos más bien tocados y en la voz humana más dulce, más melodiosa y más querida, parecían haberse reunido en los acentos que escuchaba.

La luz, el perfume y las bellezas que me habían enajenado, se habían confundido con la célica armonía, para no formar sino un solo concierto. Mis ojos buscan anhelosos al autor de aquel encanto y descubren sobre el mirto solitario a la calandria ejecutora de aquel portento de melodías.

A los hechizos de la música uníase la inexplicable gracia de los movimientos del ave. Salían de su garganta gorjeos vivos y sonoros, y al mismo tiempo se remontaba con raudo vuelo, describiendo círculos, y descendía con iguales giros, para volver a subir, sin cesar en sus hermosos conciertos. Cerníase en el aire cual colibrí ante las flores, acompañando una suavísima cadencia con la vibración imperceptible de sus alas, como si expresiese allí toda la intensidad de su ternura.

Posada la calandria sobre la copa del mirto, nuevos acentos, estrepitosos y brillantes, llenan los espacios del bosque sucediéndose con la volubilidad de los arpegios y los trinos; el ave los acompaña con revuelos igualmente vivos y tumultuosos, que son acaso la expresión de los transportes de su júbilo, celebrando sus dichas y sus glorias...

MARCOS SASTRE.

CANCION DE LA PAZ



Duermen los niños en sus cunas.
Las buenas madres velando están
¡Duermen los niños! ¡Sueñan los niños!
Esa es la paz.

Cantan los niños en la escuela,
vuela en los aires coro jovial,
¡Cantan los niños! ¡Juegan los niños!
Esa es la paz.

El sol fecunda las campiñas,
los sembradores sembrando van,
grandes cosechas colman el mundo:
Esa es la paz.

A la distancia en la llanura
se eleva el humo del dulce hogar,

vuelan en torno las golondrinas:
Esa es la paz.

En los jardines florecidos
desgrana perlas el fontanal,
hay un idilio junto a la fuente:
Esa es la paz.

Diez mil navíos en las dársenas,
diez mil navíos van a zarpar,
por el mar vienen diez mil navíos:
Esa es la paz.

Por los senderos del tumulto
los campesinos vienen y van;
pasan cantando los campesinos:
Esa es la paz.

Vibra la vida en las metrópolis,
destruye y crea sin descansar.
¡Vibra la vida! ¡Triunfa la vida!:
Esa es la paz.

Y en las aldeas y en las ciudades,
y en las montañas y en las campañas
ninguno falta, todos están:
Están los viejos y están los jóvenes.
¡Están los hijos y están las madres!
Esa es la paz.

M. BRAVO.

VERACIDAD

La clase estaba atenta.

La señorita maestra nos hablaba con entusiasmo y patriotismo sobre la riqueza forestal de nuestro suelo.

Se hallaba próxima a dar fin a su interesante exposición, cuando fué interrumpida por un movimiento extemporáneo de sus alumnos.

Exclamaciones de asombro, y la vista fija en la ventana que daba al jardín, indicaron el hecho que motivaba esa anomalía.

Un gorrioncillo se golpeaba contra los cristales del ventanal, con el manifiesto deseo de ganar el espacio.

La maestra restó toda importancia al asunto argumentando que el ave esa, equivocadamente había entrado en el aula, por la puerta de acceso, y que viéndose encerrada buscaba salida en la forma que lo hacía.



No había aun terminado de hablar la señorita maestra, cuando Ernesto, el compañerito de banco de Alfredo, se levantó del asiento, y con voz temblorosa por la emoción, manifestó: —Señorita, discúlpeme usted, ese pájaro no ha entrado por la puerta como supone, sino que fuí yo quien lo trajo al aula, lejos, se entiende de querer provocar este desorden, sino con el único deseo de llevarlo a casa para enjaularlo.

La maestra lo miró fijamente, y cambiando el timbre de su voz le respondió: —¡Bravo!, Ernesto.

Has cometido un acto noble al declararte autor del hecho. Pudiste librarte de la sanción que merece el suceso, pero dignamente la has afrontado. Eres un niño de bien.

Sin embargo, Ernesto, si por tu franqueza te felicito y te aplaudo, deseando que te comportes siempre así, debo reconvenirte en cambio, por el afán de apresar a ese pobre animalito, que ha nacido con el mismo derecho que tú, para gozar de la libertad y del placer de vivir.

—Tiene usted razón, señorita; no había meditado al respecto.

Muchas gracias por la advertencia, no he de volver a incurrir en tamaña falta.

RAZA DE HIERRO

¡Raza de hierro, raza de leones; duro y firme el corazón, **insensible a la piedad**; recio el magro cuerpo, sordo a las fatigas; músculos de acero, flexibles como las hojas de sus tizonas templadas en Toledo; sangre ardiente, madurada por el sol estival en las estepas castellanas!

No se conquistan mundos con galanterías de salón ni con afeites cortesanos, pero sí con ese rudo espíritu aventurero que sabe despreciar la vida ajena

y jugarse la propia cien veces cada minuto que pasa, ya entre las asechanzas de la naturaleza hostil, ya entre las artimañas de astutos enemigos, ya bajo el puñal que la traición afila en la sombra.

¡Colón, Cortés, El Cano, Irala, Magallanes! ¿Cuántos personajes creados por la ficción, han realizado en el mundo de la fantasía, hazañas más portentosas que



las que estos y sus pares llevaron a cabo en esta propia tierra que pisamos? ¿Cuál novela de aventuras iguala, siquiera, los lances y peripecias que llenan toda la historia del descubrimiento y la conquista, que a no estar certificados por documentos fehacientes tuviéranse por obra de una imaginación descabellada?

Surcan mares incógnitos, abordan continentes misteriosos, dominan vastísimos imperios y siembran de ciudades la temerosa soledad de un mundo nuevo.

¡Raza de hierro, raza de leones, vieja raza española! Ella constituye nuestra estirpe; de ella tomamos nuestro idioma, nuestra religión, nuestras virtudes y hasta nuestros vicios; por ella fuimos a beber nuestra civilización en las fuentes inexhaustas de la cultura occidental; en ella respaldamos nuestro progreso y nuestro constante devenir, porque ella es nuestra tradición. Diecinueve Estados americanos, que se extienden desde el Río Grande del Norte hasta el Cabo de Hornos, fueron engendrados por ella; diecinueve naciones hermanas por la identidad de origen y la comunidad de destinos, que reafirman hoy el fraternal sentimiento que las une.

¡Raza de hierro, raza de leones, noble y generosa raza nuestra!

P. OSCAR TOLOSA.

LO QUE NO SE DEBE OLVIDAR

- 1º Sacrificarse uno por el bien de otros, es conducta que saben observar los seres superiores.
- 2º Trata de aliviar las penas del que sufre, si quieres vivir en paz con tu conciencia.
- 3º Adelante en la lucha, que los tropiezos si los hay, no han de ser nunca causas tan poderosas que tengan la facultad de amilanarnos.
- 4º El ser que practica la modestia jamás se verá amargado por el azar de la existencia; si se encuentra en el llano, tratará de elevarse, es cierto, pero lo hará estimulado por sanas pasiones, y no por la envidia que todo lo destruye y todo lo envilece.
- 5º No debemos aspirar a lo que legítimamente no nos corresponde.
- 6º Dos o más hermanos que se quieren, se respetan y se ayudan, unidos por el amor fraternal han de llegar fácilmente a triunfar en su intento.
- 7º El ser que carece de fuerza de voluntad para dominar un vicio cualquiera, ha de pagar muy caro su falta de carácter.
- 8º El tabaco daña enormemente el organismo.
- 9º La mayor parte de los que fracasan en un propósito, es porque no saben perseverar.
- 10º Los que trabajan metódicamente, con la mitad de esfuerzo, producen el duplo de los que trabajan sin método.



LA PROPIEDAD

sta es mi propiedad, dijo el magnate,
y señaló un espacio de la tierra:
la costa de la mar es costa mía,
esa montaña es mi heredad paterna;

los pinos seculares de su falda,
el salvaje torrente que los riega,
todo es por siempre mío, todo es mío;
soy tu Señor, aquí, Naturaleza...

Y el infinito tiempo de la vida
continuó imperturbable su carrera;
y el soberbio cadáver del magnate
alimentó al gusano de la tierra,

allí a los pies de la montaña enorme
que llamó un día su heredad paterna;
a la fúnebre sombra de los pinos,
y del inmenso mar en la ribera.

RICARDO GUTIÉRREZ.



EL ALCOHOLISMO



Cuando tía nos manifestó que Haydée se hallaba enferma, resolvimos Esther y yo, ir por la tarde a visitarla.

Yo sabía que mamá nos daría permiso, porque en ocasiones similares ya lo había hecho así.

Ese día, en contra de lo habitual, mamá demostró deseos de concurrir ella también, a causa de que había conocido a la madre de Haydée,

cuando vivía feliz y contenta cerca de sus padres.

Ni bien llegamos a la casa de la enfermita, pudimos darnos cuenta del estado miserable de esa fa-

milia, y de los sufrimientos de la pobre madre de nuestra querida amiga.

Al acercarnos al lecho de Haydée, la señora que nos acompañó hasta él, llorando sin consuelo, nos expuso que la causa del mal que aquejaba a su hija, dependía en gran parte de los disgustos que le daba el padre, como asimismo de la falta de alimentación sana y abundante.

Además de los quehaceres domésticos, continuó diciéndome la buena señora, atiendo a varios lavados, pero su producto no alcanza a sufragar los más indispensables gastos del hogar.

—¿Y su esposo, señora?, le preguntó mi madre.

—¿Mi esposo? Está en esa pequeña habitación; da pena verlo.

Efectivamente; se hallaba tirado en un lecho, en completo estado de embriaguez.

—Todo el dinero que gana, y gran parte del que gano yo, lo invierte en alcohol, y no hay medio para obtener que se corrija.

¡Es una vida terrible la nuestra!

El otro día le dió un ataque tan fuerte, que parecía un loco furioso.

El médico nos dijo que concluirá por perder completamente la razón.

Ha llegado a enviciarse tanto, que si no está ebrio se siente triste e irascible.

Casi ni come. Su paso es incierto, y le tiemblan las extremidades en forma tan visible, que da compasión.

Por cualquier detalle insignificante, se arrebatada hasta el paroxismo, perdiendo la noción del buen sentido.

A veces parece que deseara exterminarnos. Le aseguro que nos tiene aterrorizadas.

¡Qué cruz la nuestra!

Nos retiramos de la casa grandemente apesadumbradas, por la tragedia de ese hogar.

Hasta cuándo habrá seres tan faltos de carácter, para poder arrancar de ellos ese terrible vicio, el más funesto de nuestra sociedad.



CARIDAD



¡Cuántas son las personas que se complacen en vivir para bien de los seres de este mundo! ¡Cuántos también son los que están al lado de los que sufren, prodigando en todas partes el mayor consuelo!

Lo vemos en los hospitales, donde las personas de sentimientos superiores, se aproximan a la cama de un enfermo, con el santo propósito de aliviar el dolor de un corazón que padece.

La práctica de esta cristiana virtud, eleva el alma de los favorecidos para tan humana misión

Nunca he oído a uno solo lamentarse, en el cumplimiento de tan noble ministerio.

El cuadro horripilante de la miseria, el pesar intenso de un hermano en desgracia, el llanto sin consuelo de una madre, y otras tantas manifestaciones del pesar humano, enternecen, es cierto, pero no amedrentan a los que valientemente han emprendido tan hermosa cruzada.

Ayudemos, ayudemos siempre; no dejemos al que se encuentra realmente necesitado, que se debata solo.

No permitamos que un semejante nuestro, sufra las consecuencias del aislamiento, en el preciso instante en que más necesita el cariño de un hermano.

Y hermanos somos todos en la tierra.

Que el llanto, el dolor, el frío, el hambre y la indigencia, en cualquiera de sus torturantes formas, no tengan cabida en este mundo.

Que las elevadas inspiraciones de hermandad y humanidad, anulen el pesar, y el hombre pueda vivir rodeado del bienestar que merece.

—Así nos habló nuestro padre, cuando se enteró de que mi hermana Eulogia, había entregado a una pobre madre de tres hijos, enferma y viuda, todo el dinero ahorrado durante el mes.

—Me ha conmovido tu proceder, Eulogia, continuó diciendo nuestro padre, pero unos cuantos centavos dados así no han de remediar mayormente la situación de esa pobre familia.

Mientras dure su enfermedad trataremos de que no carezca de lo indispensable, ni ella, ni sus hijos; luego le hallaremos una ocupación, puesto que la verdadera caridad, hijita mía, no puede consistir en la entrega del dinero, como lo has hecho, a veces beneficiando hasta un sujeto sano, para enviciarlo, envilecerlo y encaminarlo a la pérdida de la vergüenza y adquisición de la holgazanería; sino en proporcionar trabajo a quien lo necesita, y así honestamente por su intermedio poder mantenerse y mantener los suyos.



BARTOLOMÉ MITRE

El general Bartolomé Mitre, es de las figuras ciudadanas más preclaras de la época de la organización.

Con su presidencia se inaugura la unión definitiva de todas las provincias argentinas. Su labor se distingue



por el alto pensamiento que inspiran sus actos de gobierno, tendientes a asegurar la definitiva estabilidad de la Nación. Al inaugurar las sesiones del Congreso Nacional, el general Mitre dijo:

“La reorganización de la República sobre

la base de la moral, de la libertad y de la Constitución reformada, ha sido la bandera que reunió todas las voluntades en torno suyo al día siguiente de la lucha. Ella ha evitado el profundo peligro que encierran casi siempre las épocas de transición, y ha mantenido indivisible la unidad nacional, durante el período supremo a que hoy pone término la reunión de este Congreso de los representantes del pueblo argentino. Tal ha sido el programa que, como jefe de los pueblos en armas, oyeron de mis labios todas las provincias de la República”.

Próximo a terminar su mandato y para afirmar la situación neutral del Presidente de la República, de manera que ningún candidato pudiera suponerse apoyado por el gobierno, el general Mitre escribió al Doctor José M. Gutiérrez, la histórica carta que con justa razón se ha llamado el "testamento político de Mitre". "Sólo en una elección libre — dice Mitre en su carta — y en las condiciones indicadas, pueden surgir candidaturas como las de Elizalde, Sarmiento, Rawson, Valentín Alsina, Paz, etc., que no pueden sino representar fuerza de opinión en un momento dado y que sólo pueden sacar su poder para gobernar de esa misma opinión... En esta atmósfera pura y luminosa, sólo pueden diseñarse figuras nobles y correctas, que realicen hasta donde es posible el ideal de un pueblo libre y ese instinto de la belleza moral que en política triunfa siempre, cuando el patriotismo, el buen sentido y el poder material de que disponen los hombres inteligentes se ponen a su servicio, en vez de capitular cobardemente con el vicio, queriendo y creyendo hacer política práctica que yo llamo política grosera, sin alcance y sin altura".

Con una anticipación admirable, el general Mitre definía en la carta la posición política que le corresponde al Poder Ejecutivo Nacional, que desde la eminencia de su cargo no hacía pesar las influencias del gobierno para favorecer una candidatura oficial.

RICARDO LEVENE.



LA SILLA QUE AHORA NADIE OCUPA

Con la vista clavada sobre la copa,
se halla abstraído el padre desde hace rato;
pocos momentos antes rechazó el plato
del cual apenas quiso probar la sopa.

De tiempo en tiempo, casi furtivamente,
llega en silencio alguna que otra mirada,
hasta la vieja silla desocupada
que alguien, olvidadizo, colocó enfrente.

Y mientras se ensombrecen todas las caras,
cesa de pronto el ruido de las cucharas,
porque inocentemente como empujado
por esa idea fija que no se va,
el menor de los chicos ha preguntado
cuando será el regreso de la mamá.

EVARISTO CARRIEGO.





TARDES DE PUEBLO

¡Encantadoras tardes de pueblo!

¡Tardes de cielo diáfano, de aire tibio, de rumores suaves, de ráfagas aromáticas!

¡Poéticas tardes de los pueblos apacibles, de encanto inexplicable y misterioso!

¡Nunca recuerdo haber gozado tan hondamente la rústica belleza aldeana, como en esas tardes deliciosas; nunca recuerdo haber sentido tanto amor a las cosas modestas, a las calles polvorientas, a los jardines pequeños, y a los huertos labrados, como en esas tardes de quietud profunda: como en esas tardes de las siestas estivales en que los ancianos dormitan en algún

rincón sombreado de los patios anchurosos, y en que los jóvenes sentimentales leen sus libros preferidos bajo la parra familiar cargada de racimos turgentes y sabrosos!

¡Cuántas tardes, semidormido, y a la sombra de la higuera que abre sus frutos rojizos sobre la pared del huerto, he soñado y he pensado en todas las cosas buenas de la vida!

¡Bellas y encantadoras tardes de pueblo!

¡Tardes de aromáticas ráfagas, de diáfano cielo, de tibio aire, de suaves rumores!

JOSÉ D. CALDERARO.



TOLEANCIA

El padre de mi amigo Rodolfo, y mi padre, son camaradas desde la infancia, sin que jamás haya surgido entre ellos una sola divergencia, y sin embargo con Rodolfo, si bien somos grandes compañeros, no trans-

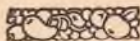
curre un día sin que discutamos y nos acaloremos, porque cada uno de nosotros quiere hacer prevalecer su opinión.



Ayer por la tarde, sin ir más lejos, nos sorprendió mi padre mientras discutíamos sobre las consecuencias morales de un acontecimiento histórico.

Al principio no intervino en nuestra polémica, mas cuando hubimos concluido, al ver que nos quedábamos con cara de pocos amigos, nos dijo: —La intolerancia es patrimonio del necio; yo en vuestro lugar hubiera expuesto mi opinión con todo el calor y el entusiasmo de mi convicción, pero luego hubiera dejado librado al criterio de cada uno la interpretación del asunto.

Tratemos de convencer sin mortificar; no despreciamos por inútil el pensamiento ajeno; aceptemos el hecho de que podemos estar equivocados, y que es necesario aprender constantemente todos los días, y se advertirá entonces que en lugar de discusiones irritantes, surgirán pláticas agradables, durante las cuales el espíritu culto y tolerante, cederá gustoso ante la verdad, sin empequeñecerse, por lo contrario, hijos míos, se elevará moralmente, porque nadie es más noble, que el que reconoce el mérito ajeno.





E L O M B Ú

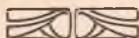
Era la gloria del pago, aquel ombú carcomido;
un lancero de Lavalle grabó un nombre en un raigón,
y en su rugosa corteza un payador perseguido,
grabó a daga, una paloma llevándose un corazón.

Las indiadas chamuscaron su ramaje floreado,
en las rojas madrugadas a la vuelta de un malón,
y los gauchos melancólicos, en su marcha hacia el olvido,
a su sombra improvisaron su tristísima canción.

Las carretas y las tropas a su pie se detenían,
los troperos fatigados bajo el beso se dormían
del sudeste, que aventaba las cenizas del fogón.

Viejo ombú . . . y aquella tarde tormentosa de febrero,
fulminado por un rayo cayó muerto, y el pampero
con sus hojas amarillas se llevó la tradición.

HÉCTOR PEDRO BLOMBERG.



EL CREPÚSCULO



El sol llegaba ya a la linde del horizonte. Su disco de gran tamaño, empezaba a ocultarse lentamente. Una lumbrarada roja teñía el cielo hacia el ocaso, diluyéndose en matices suaves hasta confundirse con el azul pálido del firmamento.

Rápidamente se estrechó la zona coloreada hasta circuir, como una corona radiante, el disco oculto ya hasta la mitad, y la claridad de la tarde perdió su diaphanidad luminosa; sin embargo, el cielo se mantuvo claro, y unos nubarrones que recibían aún directamente los rayos del disco solar, oculto ya, se iluminaron en su borde superior con tonos rojos y violetas.

Un instante más, y las primeras sombras, tenues aún del crepúsculo, se difundieron velando a todos los seres y cosas de la naturaleza en una bruma indecisa.

El ambiente predisponía al recogimiento, a la meditación y al silencio.

Sin quererlo, el espíritu parecía entristecerse como si las sombras impregnaran el alma, velando también su claridad, que en la vigilia se traduce en actividades, cantos conversaciones y alegrías.

Carlitos no decía una palabra. Arrellanado en un sillón, entornaba los ojos y escuchaba atentamente los rumores que se oían hacia todos los rumbos tan diferentes a los que escuchó por la mañana y la tarde.

Los grillos empezaban a chirriar, y poco a poco llenaban el ambiente con sus criiii, criiii peculiares.

Las aves tornaban a sus guaridas nocturnas de a pares, en grupos o bandadas y vuelo silencioso; pero, una vez posadas en la fronda del ramaje, se oía el chichiar de los pajaritos que bulliciosamente buscaban acomodo hasta que, poco a poco se quedaban calladitos.

El berrear de los terneros; los mugidos de las vacas; el bramar profundo y prolongado de los recentales; el balido de las ovejas, y el beee cariñoso y trémulo de los corderitos infundían cierta melancolía tan comunicativa que nadie sentía deseos de hablar en alta voz, ni gritar. Los seres humanos también se ponían a tono con la naturaleza.

La suave penumbra fué poniéndose más densa

velando los contornos de los seres y las cosas hasta que envolvió con su manto oscuro a toda la naturaleza.

Reinó el silencio, y la creación durmió su sueño reparador para despertar con la nueva alborada y renovar sus múltiples actividades.

Solamente el astro rey no reposaba. Sus rayos luminosos llevarían la claridad y el calor a otras comarcas, cuyos pueblos comenzarían sus actividades, cual si cumplieran una ley eterna e inmutable.

JUAN FRANCISCO JÁUREGUI.



ASIDUO AL ESTUDIO

Todos veneraban al doctor Alberto Delmar, uno de los hombres más cultos y más buenos de la comarca.

Aquel día había llegado a la escuela, y el señor director le solicitó respetuosamente, que diera a los niños algunos consejos, como sabía hacerlo cada vez que se hallaba en presencia de criaturas.

—Niños, no os pido que tratéis de imitar todos los actos de mi vida, porque naturalmente muchos de ellos no merecen tanto honor.

Me he equivocado muchas veces, pero vivo en paz con mi conciencia, porque jamás me ha guiado una intención mezquina, en las acciones de mi vida.

Era niño yo también, como lo sois vosotros. Mis buenos padres anhelaban ver su hijo, hecho todo un señor.



Humildes obreros, habían sufrido lo indecible, para poder sostener y educar una familia numerosa, modesta y honorable.

Al cumplir la edad reglamentaria, me inscribieron como alumno de la escuela del pueblo.

Los primeros años de mi vida escolar, fueron años de martirio y de dolor.

Mientras mis compañeritos podían divertirse y responder airoso a las preguntas de sus profesores, yo en cambio sin tener ni tiempo para jugar, pertenecía al número de los mediocres de mi curso.

No era inteligente.

Mi madre se apenaba, y en más de una ocasión la ví llorar cuando acercándose a mí me decía, con voz tiernamente afectuosa: Suspende el trabajo, hijo mío, está muy avanzada la noche y debes descansar.

—Aún no he terminado el aprendizaje, madre mía.

Al día siguiente continuaba siendo el mismo alumno mediocre de mi curso.

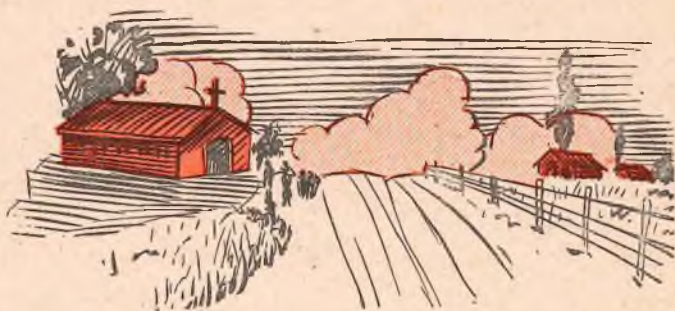
Tanto mal no me desmoralizó.

La sonrisa afectuosa de mi madre, al leer mi libreta de calificaciones; los consejos pacientes de mi padre, y mi fuerza de voluntad para llevar la paz y la alegría a mi bendito hogar, me convirtieron en un niño tan asiduo al estudio que, lleno de perseverancia, continué la obra salvando cuanto obstáculo encontrase en mi camino, hasta llegar a laurearme con el título que conocéis.

Más de uno, y ojalá así no lo fuera, habrá en esta clase que ha de encontrarse en las condiciones en que yo me hallé en mi primera infancia.

No os abandonéis, perseverad y vuestros padres tendrán el inmenso placer de veros hechos hombres de bien, como lo tuvieron en su época los míos.





UNA ESCENA CAMPESTRE

Yo he presenciado una escena campestre digna de los tiempos primitivos del mundo, anterior a la creación del sacerdocio.

Hallábame en la sierra de San Luis, en casa de un estanciero cuyas ocupaciones favoritas, eran jugar y rezar. Había edificado una capilla, en la que los domingos por la tarde rezaba él mismo el rosario, para suplir al sacerdote y al oficio divino de que por años había carecido.

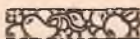
Era aquel un cuadro homérico: el sol llegaba al ocaso; las majadas que volvían al redil hendían el aire con sus confusos balidos; el dueño de casa, hombre de unos sesenta años, de una fisonomía noble, en que la raza europea pura se ostentaba por la blancura del cutis, los ojos azulados, la frente espaciosa y despejada,

hacía coro, a que contestaban una docena de mujeres y algunos mocetones, cuyos caballos, no bien domados aún, estaban amarrados cerca de la puerta de la capilla.

Concluído el rosario hizo un fervoroso ofrecimiento.

Jamás he oído voz más llena de unción, fervor más puro, fe más firme, ni oración más bella, más adecuada a la circunstancias, que la que recitó. Pedía en ella a Dios lluvias para los campos, fecundidad para los ganados, paz para la República, seguridad para los caminantes... Yo soy muy propenso a llorar, y aquella vez lloré hasta sollozar, porque el sentimiento religioso se había despertado en mi alma con exaltación y como una sensación desconocida; porque nunca he visto escena más religiosa: creía estar en los tiempos de Abraham, en su presencia, en la de Dios y la naturaleza que lo revela: la voz de aquel hombre candoroso e inocente me hacía vibrar todas las fibras y me entraba hasta la médula de mis huesos.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.



C A C T U S

La vegetación herbácea es lujosa. Un especialista en la Botánica habría hecho allí adquisiciones de verdadero mérito, no solamente entre las gramas del valle, sino también en las numerosas especies de plantas que

crecen en las faldas de la sierra, entre las grietas de las masas graníticas y al borde de las vertientes y arroyuelos.



La estación de las flores corría en todo su rigor para Lihué Calel y entre las plantas herbáceas sobresalían tallos finos y flexibles, corolas de variado as-

pecto, de hojas elegantemente contorneadas y de vivos y bellos matices.

La extensa familia de las cactéas llama también la atención. Cuajada ya la fruta sabrosa, defendida por las espinas bravas y traidoras, no he visto las

flores de algunas especies; pero otras las ostentaban blancas, disciplinadas y rojizas.

Las formas de los cactus de la sierra y que he visto también entre los peñascos de las travesías son interesantes y numerosas.

A veces se presentan en agrupaciones de formas esféricas como la granada sin cáscara; otras como una sola esfera, rodeada de lomos pronunciados en el sentido de los círculos máximos; ya como las curiosas formaciones del ramo mineral denominadas estalagmitas, o bien como caños de órgano, según la frase aplicada por Humboldt a ciertos cactus de la América ecuatorial. Cualquiera que sea el aspecto y la forma de esta vegetación, preséntase siempre defendida por punzadoras espinas, verdaderas agujas de madera que guardan la fruta sazónada. Esta es a veces intomable, por el número y la pequeñez de sus agujas, las cuales introducidas en la epidermis se refugian en la carne viva y producen un dolor extraño, una incomodidad sensible, una llaga y al fin supuración purulenta. La fruta de cactus, este higo silvestre por su forma y estructura, es un eficaz auxiliar del viajero en las caldeadas travesías, porque refresca la garganta y aplaca la sed devorante, bien así como el cardo lo es en las pampas abiertas del sudeste, donde su tallo es comido con iguales resultados.

He observado que los caballos y las mulas aco-

sadas por la sed, se detienen frecuentemente en presencia del cactus, buscan la fruta sazónada y la arrancan de un golpe dado a la planta con el baso de una mano, hacen rodar este higo por la arena, para que las espigas caigan o se rompan y después lo parten cuidadosamente con los dientes, levantando los labios para no recibir alguna herida inevitable, y devoran su carnaza blanca, salpicada de los puntos negros de la semilla.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS.



LA DEFENSA DEL ARBOL

Tienes razón, mamá, el árbol es muy útil, tan útil que creo que no se podría vivir sin él.

A veces se me ocurre pensar que si el hombre no hace más que utilizarlo para su mayor comodidad, ha de llegar día en que desaparezca de la tierra, como han desaparecido muchas clases de animales, que se han perseguido con distintos fines.

—Te equivocas, hija mía. Cierto es que se hace mucho uso del árbol, pero las personas inteligentes y bien intencionadas, también lo cuidan y procuran su reproducción.

—Sin embargo, mamá, nos dijeron el otro día en la escuela, que hay individuos que no le prestan la atención debida.

—Comprenderás, hija mía, que no todos saben o



quieren cumplir su deber; pero felizmente los malos son los menos.

La acción de la escuela, como siempre, ha hecho mucho bien en ese sentido. La celebración anual del Día del Arbol y la prédica constante de los maestros, ha despertado un mayor interés por el mejoramiento y multiplicación de la arboleda.

—Es cierto, no me había dado cuenta.

Nosotros también en la escuela, festejamos el Día del Arbol, hará unos quince días, cuando te solicité el dinero para comprar una plantita. Se constituyeron entonces distintas comisiones, encargadas del cuidado de los vegetales plantados. Con ese motivo nos tomaron el voto al árbol. ¿Lo conoces?

—No, mi hijita.

—Te lo expondré, mamá.

Niños: ¿prometéis cuidar al árbol como se cuida al mejor amigo? ¿Hacer que cada año, un árbol nuevo dé nuevos frutos y hermosa sombra?

¿Prometéis inculcar en todas partes el amor a las plantas?

¿Hacer que nunca muera una, por falta de cuidado?

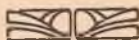
¿Prometéis plantar, aunque solo sea un árbol por año, para propender así a su multiplicación?

Si así lo hiciéreis que esta bandera os proteja,

como vosotros la protegéis, y si no, que los lamentos de los tiernos pajarillos, que no encontrarán donde anidar, por falta de frondosas ramas, os conmuevan y os encaminen hacia la verdadera senda.

—Muy bien, hija mía, no dudo que cumplirás el voto.

—Ciertamente, para eso he prestado juramento.





LOS BUEYES



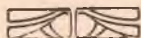
os bueyes. . . Hay que verlos al declinar el día,
hendir con lento paso los húmedos terrales,
magníficos, solemnes, casi sacerdotales;
ajenos a la pena y a la humana alegría.

Llenos de su soberbia, sin inútil alarde,
soportan el aullido gutural del aldeano,
le miran y perdonan al comprenderlo hermano,
y ebrios de sol recogen en sus ojos la tarde.

Prosiguen la tarea que interrumpe la sombra,
y cuando desuncidos el buen gañán los nombra,
se echan indiferentes a la voz del boyero.

Sobre sus ojos, rojos de sol y de fatiga,
deja caer la noche como piadosa amiga,
la misericordiosa claridad de un lucero.

JOSÉ GÁLVEZ.



DE BUENOS AIRES A MENDOZA

I

El tren hace una gran curva como para huir del Plata y ceñir a la ciudad en un vibrante abrazo de despedida. Durante ese trayecto es posible apreciar la mejor vista panorámica de Buenos Aires. Mirando hacia



la derecha, no se ve otra cosa que agua, mirando hacia la izquierda, no se ve otra cosa que casas. Después se acaba el adoquinado, se prolongan las calles polvorientas, aparecen algunas frondas, brilla más el sol, y el

aire es más puro. Cuando menos se piensa, la mirada se hunde vacilante en el horizonte sin fin de la llanura verde.

Nuestro férreo corcel corre frenético. Nosotros, diminutas tenias, nos agitamos en su seno. Vamos confiados en su pujanza y en su seguridad. Hemos partido a las tres de la tarde. Tenemos que cenar y almorzar. Más de veinticuatro horas necesitamos para atravesar el país de este a oeste. Si fuera de norte a sud...

Los campos bonaerenses son cada vez más hermosos y ricos. Pero desde Mercedes en adelante, los abate actualmente la langosta. En algunos puntos no quedan más que tallos pelados. Las poblaciones, pocos días antes casi ocultas tras la exhuberancia de los maizales, surjen ahora, de trecho en trecho, como envueltos en un velo de tristeza. Las barreras poco defienden. El desaliento obliga a divisar la miseria desde el palenque. Aquí o allá, con un afán quijotesco, sudorosa la cara y llagadas las manos, golpea el dueño, con arranques épicos su improvisado tambor de hojalata. La dueña agita su delantal desgarrado; y, mientras más lejos, por la loma, seguro de que nadie lo divisa, va el desalmado boyero, echado sobre el pescuezo del "matungo", castigando a ambos lados, casi pisando a un cachorro ovejero y a muchas varas de una liebre.

Me he levantado muy temprano. Cruzamos la provincia de San Luis. Faltan algunas horas para llegar a Villa Mercedes. El cielo está claro. El sol quema. La inmensidad de los campos anonada. Una vegetación pobre y raquítica que se alternará muchas veces, se extiende a leguas y leguas.

No vuela ni un pájaro ni cruza una mariposa. No se ve una población. Si el traqueteo del convoy no pusiera allí sus ruidos civilizadores, el silencio sería abrumador para los que estamos acostumbrados al trajín de las urbes.

II

Llegamos a Villa Mercedes y sus alrededores, lo mismo que en otros puntos, alternan los sauces, y los álamos civilizadores; verdeguean los alfalfares donde



pacen mulas, vaquitas y hatos de cabra y como un don gracioso de la naturaleza, cediendo al esfuerzo humano, tienden las acequias su caudal murmurante y fecundador. ¡El agua! Nada debe

implorarse allí con más fervor. Evoco el primer capítulo de "Facundo" en el que Sarmiento nos pinta la escena emocionante de una rogativa para que el cielo conceda una gota del líquido benefactor. En un diario que acabo de comprar leo varios sueltos que contienen verdaderos vaticinios de lluvias posibles. ¡Ilusiones! No se ve ni una nube en el cielo azul.

Me causa hilaridad las repetidas quejas de un mendocino que sin duda ha pasado una semana en Buenos Aires.

—Voy deseando llegar a mi provincia para tomar buen vino negro — dice en ese tono tan peculiar. ¡Qué enorme verdad! Efectivamente, sólo allá se toma buen vino negro y blanco y excelente "champaña".

Aquello no hace mal. Es sano y exquisito.

¿Por qué no llega así a la gran Capital?

He aquí muchas cuestiones que descifrar. Los comerciantes porteños, casi siempre traicioneros sacerdotes de Baco, "bautizan" constantemente a los productos. Y cuando esto no hacen, aplican rótulos extranjeros a lo que es más argentino que muchos héroes.

De modo que por obra de manos poco escrupulosas bebemos malo y caro. Pero buena culpa tienen los consumidores vanidosos e ignorantes, que creen de buen tono adquirir lo que más cuesta y procede de allende el mar.

III

Hemos visto preciosas arboledas en Alto Penco-so y Alto Verde. Pero lo que más nos interesa ahora son los viñedos. Algunas horas antes de entrar a la ciudad de Mendoza ya se extienden interminablemente, apenas dividido por los cercos de condominio y tal o cual sendero. Todos están cargados de rica uva. La cosecha será espléndida.



Los viñedos son aquí un hijo como los trigales en las llanuras de Córdoba, Bue-

nos Aires y Santa Fe. Caracterizan hasta las costumbres. Significan tantas riquezas como las de nuestros rastros que dan el pan blanco de todos los hogares.

El monumento dedicado al ejército de los Andes, que sirve de coronamiento al Cerro de la Gloria, tiene grandes valores artísticos y en sus rasgos generales está ajustado al fondo de la epopeya. Los bajo-relieves representan escenas preliminares, desde la preparación de los elementos en Cuyo, hasta la marcha escabrosa por cumbres y abismos. Un poco más arriba, junto al pedestal que soporta un grupo de granaderos en carga apocalíptica, está el Libertador, bien sentado en el noble corcel, con ambos brazos cruzados, y con la vista fija en los Andes que se imponen. Esa actitud, bien detallada por el escultor, hace pensar en aquella serena voluntad que según Mitre, caracterizaba el genio militar de San Martín. Sobre el conjunto, la Gloria muestra en cada mano un trozo de cadena recién cortada.

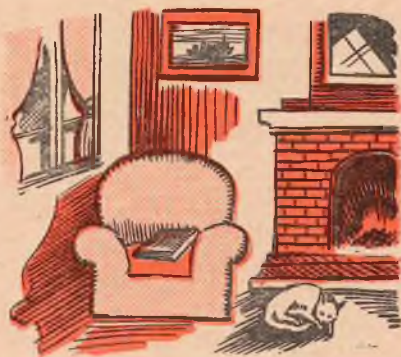
Acabo de visitar las ruinas que quedan como lúgubre recuerdo del terremoto de 1861. Me invade una pena profunda. Hasta se me desprenden algunas lágrimas.

Aquí y allá están los arcos y las columnas de los templos de San Francisco y San Agustín. Pienso con respeto acerca de las vidas que sucumbieron y, vuelvo las espaldas, abrumada la frente de pensamientos y lleno el corazón de emociones.

JUAN MANUEL COTTA.



NIEVA...



Nieva afuera... las brasas del hogar
se cubren sutilmente de ceniza
blanca; el sedoso gato se ha dormido
al calor del rescoldo; vieja Biblia
yace olvidada en el sillón vacío;
y me dijo: que dulce es la visita
del invierno, en la casa en que nacimos,
cuando congrega el frío a la familia,
en torno del hogar, y un vago ensueño
su suave seda de ilusiones hila,
en el sosiego de las mansas horas.
En mí el mundo florece; y yo quería,
ayer, labrar estrofas que no mueran,
sin ver que sutilmente la ceniza
cubre la brasa... Pero seré todo
para ti, poesía.

ARTURO MARASSO.

UNA VEZ MAS

- 1º Practiquemos la veracidad. El hombre que no miente ha de captarse siempre la simpatía y la confianza, de cuantos tienen el honor de tratarlo.
- 2º El hogar es el santuario de la virtud; la calle, la escuela del vicio y del dolor.
- 3º El que destroza o el que no cuida una planta, es enemigo de su propio bienestar. Cuanto mayor sea el número de árboles que haya, mayor será también la salud, la riqueza y la felicidad de los pueblos.
- 4º Ninguna persona que sienta respeto por la naturaleza, podrá contribuir a la destrucción de los animales, estimulando su ferocidad, enjaulando a los pájaros, destruyendo a los nidos y presenciando otras malas prácticas; la corrida de toros y la riña de gallos.
- 5º Todo hombre que saque a un semejante de una taberna, habrá salvado un hogar de la ruina y de la miseria, y a la sociedad de un ser que la deshonra y la envilece.
- 6º Es tan fácil proceder con corrección que, hasta por egoísmo, a causa del bien que nos reporta, deberíamos hacerlo.

- 7º La persona demuestra su cultura en la mesa.
- 8º La mayoría de los que han fracasado, deben su fracaso a la falta de atención de los consejos recibidos de las personas que saben más por su experiencia y su bondad.
- 9º No esperes nada bueno del que siente placer en maltratar un animal.
- 10º Acércate al errado, no para imitarlo, sino para conducirlo por el camino de la verdad y del honor.



EL NIDO DE GORRIONES

—No, padre, usted necesita descansar. Se lo ha dicho el médico y se lo repetimos nosotros.

—Pues vosotros diréis cómo se arregla.

—Mire usted, como medio, hay uno.

—¿Cuál?



—Cédanos usted las tierras, repártalas entre nosotros a su gusto; de ese modo nos evitaremos pleitear por las particiones cuando se muera usted; nosotros cuidaremos, cada uno su parte, como usted mismo, y usted des-

cansa, viviendo al lado de sus hijos, del que usted desea, porque todos le queremos bien, y nos desviviremos por complacerle.

—Vamos — dijo el tío Roque con voz nerviosa, — queréis heredarme en vida.

—¿Nosotros?

—Sí, no me enfado; es natural que penséis en ello; pero oídme:

“Cuando vosotros erais muy pequeños, hallé en el alero de ese tejado un nido de gorriones; me los llevé a casa; los puse en una jaula y la dejé encima de la ventana.

“Los padres que habían venido detrás de los gorriones, empezaron a dar vueltas en rededor de aquella cárcel y a piar dolorosamente.

“Por fin uno de ellos se echó a volar, volvió a poco rato con un grano de trigo en el pico, entró en la jaula, dió de comer a una de las crías y mientras él practicaba la operación, se fué el otro gorrión y volvió también... cargado de trigo... en fin, que los dos padres mantuvieron a los pajarillos, ni más ni menos que cuando estaban en el alero del tejado.

“Crecieron las crías, y echaron alas; ya revoloteaban dentro de la jaula; los padres seguían alimentándolos; cuando estuvieron los pequeños en disposición de volar por su cuenta, puse yo unos espartos con liga delante de la jaula; hice prisioneros a los padres y di libertad a los hijos. A los padres los encerré. ¿Y sabéis vosotros lo qué pasó? — dijo el tío Roque con acento burlón y duro — que los padres se murieron de hambre; porque ninguno de los hijos se ocupó de darles de comer”.

—¿Y qué queréis decir con eso? — exclamó el mayor de los hijos.

—¡Qué! ¡Que no despedazaré mi tierra querida por vosotros; que os vayais a vuestra casa y que me dejéis en la mía! ¡Que no me quiero encerrar en la jaula!

Y el tío Roque, riendo a carcajadas, se metió en su cuarto.

JOAQUÍN DICENTA.



LA REGIÓN DE LOS LAGOS

Pocos son los que se aventuran por el mar Antártico. Mas, para ver maravillas, no es preciso llegar a aquellos extremos y adiciones de nuestra tierra. Bastante antes del Cabo de Horn, está la llamada **Región de los Lagos**, que es a la vez, una región andina.

A ella se llega por tierra con entera facilidad. ¡Y bien vale la pena de hacer este viaje! Lagos, islas, bosques y montañas nos

ofrecen allí, según el testimonio de expertos viajeros, no sólo las más grandes bellezas argentinas, sino también las más grandes bellezas del mundo.



Son aquellas, como todas las del Sur, regiones casi inexploradas, lo cual aumenta su grandiosidad. Reina allí la naturaleza con un esplendor inusitado, y sin que la mano del hombre haya modificado en nada los paisajes. Nada turba la inmensa, impresionante soledad.

El lago Nahuel Huapí es como el corazón de aquellas magnificencias. Situado entre las Gobernaciones de Neuquén y Río Negro, este lago se halla en plena Cordillera, a más de 700 metros sobre el nivel del mar, y separado de Chile por el monte volcánico llamado el Tronador.

El Nahuel Huapí es el lago más grande de la República, y pertenece a un grupo de lagos que, con él, forman un maravilloso conjunto. Más de veintiseis islas, cubiertas de espléndidos bosques, se hallan diseminadas sobre sus aguas. La principal y más bella es la isla Victoria, que surge del lago en forma de cerro.

EL CAMINO

A orillas del gran lago, se levanta la única ciudad de la región. **San Carlos de Bariloche**. A ella se dirigen los viajeros que, saliendo de Buenos Aires, llegan allí en dos días de ferrocarril.

En la última etapa del camino, antes de llegar a aquel pueblo, se ven, sobre el árido suelo, inmensas

rocas de formas fantásticas. Una de estas rocas es como la estatua de un indio gigante que apoya su mano en el hombro de un niño. Ambos parecen dispuestos a marchar. Y hay quien ve en ello una representación del indio huyendo de la invasión de los blancos.



Dentro de la Cordillera que se ve al fondo, llama también la atención el Cerro Cathedral, por su perfecta semejanza con una iglesia gótica, de puntiagudas torres.

Y de repente, en el paisaje rocoso, se ve aparecer una superficie de plata, o de cielo azul, según la hora: es el lago Nahuel Huapí. Y conforme nos vamos acercando a él, vamos viendo los inmensos bosques que lo rodean, cubriendo los cerros y los valles.

SAN CARLOS DE BARILOCHE

Bariloche parece un pueblito suizo. Como que, en gran parte, está habitado por suizos, los cuales encuentran en aquel clima frío y seco, y en aquellas bellezas — más grandiosas aquí, por cierto — algo de su país.



Está, pues, aquel pueblo, edificado sobre las orillas del Nahuel Huapí, las cuales suben en forma de barrancas. En ellas se escalonan las graciosas casitas de madera y techo puntiagudo — para dejar

resbalar la nieve que en invierno abunda — y parecen asomarse a mirar el fondo del lago. ¡Vano empeño!

El lago es tan profundo — de 300 a 600 metros según el lugar — que, a pesar de la transparencia de las aguas, su fondo sólo se alcanza a ver en las orillas que se sumergen en pendientes.

En esas orillas, a través de un metro de agua, las piedras aparecen en las fotografías, como si ninguna agua las cubriera. Y en el fondo del río Limay, próximo al lago, se las ve brillar como piedras preciosas.

Sucede algo muy particular con algunos árboles de aquellas orillas del Nahuel Huapí: más que mirar el lago como las casitas, parecen querer arrojarse en él. Se ven inmensos cohiues, cuyos troncos, naciendo en la barranca, avanzan casi paralelos a la superficie del agua, sobre la cual su follaje forma una especie de techo. (Quiere, pues, decir, que crecen horizontalmente).

Esta inclinación de los árboles, a la cual se deben originales glorietas naturales, previenen de los fuertísimos vientos que soplan en la Cordillera y que, poco a poco, van torciendo los cohiues, sin arrancarlos.

El efecto del viento es diferente en los *alerces* — que, con los cohiues, son los árboles que predominan en el lugar. — Éstos quedan erguidos, junto al lago; pero despojados de sus ramas del lado de la tierra, que es de donde viene el viento, y con todo el follaje extendido hacia las aguas.

Abundan también allí los coligües, caña flexible pero particularmente fuerte por no ser hueca, y que se utiliza para las lanzas del ejército.

Todos los lagos menores de este grupo se precipitan, en pequeños ríos, a través de la selva virgen, al Nahuel Huapí. Son estaciones que van haciendo las aguas de los *ventisqueros* cordilleranos, al arrojarse desde las altas cumbres, para llegar al mar. El Nahuel Huapí se vuelca en el río Limay, y éste en el Río Negro.

El maravilloso conjunto de lagos, bosques, montes y valles se domina muy bien desde el Cerro Campanario, a corta distancia de Bariloche, el cual tiene 300 metros de altura y es de fácil ascensión a caballo y aun a pie. Sobre él, se ha colocado un pequeño altar de piedra con una cruz.

Estas regiones *lacustres* han sido descubiertas y exploradas por sacerdotes misioneros. El lago Mascardi lleva el nombre de un misionero jesuíta. Los Salesianos han sido los primeros en ocuparse de la instrucción y la beneficencia en Bariloche.

Hace pocos años un sacerdote atendía allí, él solo, la iglesia, la escuela, un taller de zapatería, otro de carpintería y el pequeño hospital, siendo él la única persona del lugar que algo entendiese en medicina. A los tres años de trabajo tan excesivo, este benemérito civilizador murió extenuado.

DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ.



LA HIGIENE DE LAS SUSTANCIAS ALIMENTICIAS

Pasaron aquellos tiempos de mi primera infancia, en que concurría a las ferias francas, donde adquiría las mercaderías necesarias para el consumo de la semana.

Eran aquellos años en que la higiene no se tenía en cuenta, en perjuicio de la salud del pueblo.



No viene al caso citar ahora la población en que vivía, porque indiscutiblemente esas perniciosas prácticas

eran generales.

Recuerdo que los verduleros acondicionaban sus puestos de venta, colocando las hortalizas, las frutas y otras clases de productos, directamente sobre los ladrillos, las piedras o los mosaicos de las veredas.

Poco interesaba entonces, si minutos antes había estado un perro o escupido un enfermo.

Y nosotros adquiriríamos esas mercaderías, nos alimentábamos con ellas, y sufríamos, claro está, las consecuencias de ese estado de abandono.

Al referirme a las ferias francas, no lo hago con el propósito de citarles como único exponente de ese mal de aquella época, sino que las mismas escenas volvían a repetirse en los mercados, en los almacenes y en cualquier sitio, donde se expendiesen artículos alimenticios.

¡Había que ver las instalaciones de los tambos, en plena ciudad! Indudablemente hoy hemos avanzado.

Las cosas han sufrido un sensible cambio beneficioso, por lo que debemos alegrarnos. Sin embargo aún se observan algunas malas prácticas que es menester combatir con toda energía.

No son pocos los mal educados que llegan a un puesto de venta o negocio cualquiera, y comienzan a manosear toda la mercadería, para luego no adquirir nada, la mayor parte de las veces.

Cierto que el hecho de que comprenden o no comprenden, para el caso que nos ocupa, no interesa mayormente, pero lo interesante resulta aquí, que no se conoce la higiene de sus manos, o el estado de su salud, y si están enfermos debieran pensar que no tienen derecho de transmitir sus males a los semejantes.

Hablando de enfermos: imagínense la gracia que ha de causar el hecho de que los dependientes, en su

gran mayoría, lleven los dedos a la boca para humedecerlos, y tomar entonces el papel con que han de empaquetar los objetos comprados.

Recuérdese que una elevada proporción de enfermos incurables, se tornan malos y tratan de perjudicar en toda forma a los demás.





LOS GUANACOS

Entre los berruecos
Del valle nevado
En tropel sonoro
Pasan los guanacos,
Con la grupa llena
De copitos blancos.

Agiles los remos
Nerviosos, y el largo
Pescuezo
Estirado.

En tropel sonoro
Pasan los guanacos.

El hambre y la nieve
Los trae hasta el llano,
Con sus negros ojos
Tristes, dilatados
Y húmedos
De espanto.

En tropel sonoro
Pasan los guanacos.

La manada guía
El hermoso macho,
Fornido potente, magnífico,
Con algo de antiguo centauro.
Las hembras lo siguen a ciegas,
Temblorosas de miedo y cansancio.

En tropel sonoro
Pasan los guanacos.

Al ruido más leve,
Se apretujan todos como en mutuo amparo;
Al aire levantan el húmedo hocico,
Y los luminosos ojos asustados
Clavan en el valle solitario y mudo,

Y siguen andando
Agiles, nerviosos,
Bellos en su espanto,
En las locas carreras
Y saltos,
La testuz enhiesta
Y hundidos los flancos.

En tropel sonoro
Pasan los guanacos.

Por el valle cubierto de nieve
Ha sido un relámpago.

ALFREDO R. BUFANO.





DESPERTAR AMOR A LA PATRIA

Raúl Domínguez era un niño de nueve años, despierto, inteligente, amigo de preguntar todo lo que no comprendía bien.

En una clase de historia, la maestra había narrado la acción de Pringles, el heroico puntano, que se arrojó a las aguas del océano, antes de entregar la bandera de la patria a los realistas.

—Pero, papá, — dijo al llegar a la casa, — ¿por qué Pringles expuso su vida en lugar de perder una bandera?

—Es que la bandera, hijo mío, aunque es sólo un trozo de género, representa la patria, con sus tradiciones y sus glorias. Representa los sacrificios de miles de hombres que perdieron su fortuna, su bienestar, su vida, su familia, luchando por la libertad y por el progreso del país.

La bandera es como el retrato de un ser querido; aunque el retrato es un cartón, un papel y tinta, tiene para nosotros gran valor por lo que representa, y así como no permitiríamos que nadie cometiera con él un acto de desprecio, lo mismo sucede con la bandera; es la imagen de la patria, por eso la amamos y respetamos, y también la hacemos respetar.

Desde aquel día, Raúl Domínguez, cuando ve la bandera o el escudo, u oye el Himno Nacional, recuerda las palabras de su padre, y siente en su espíritu un profundo sentimiento de veneración por los símbolos de la patria.



LO QUE APRENDIÓ ENRIQUE

1º Cuando un varón está ubicado en un asiento, de cualquiera de los distintos medios de transporte, y sube una dama, deberá cedérselo, si ella no encuentra donde sentarse. El que no se comporta así es un mal educado.

2º Los que no son capaces de respetar la opinión ajena, aunque esté en completo desacuerdo con la propia, ponen de manifiesto su necesidad.

3º Los que se irritan cuando conversan, es porque ignoran lo que defienden. El que domina cabalmente un tema, trata con delicadeza suma al que desea convencer.

4º Las plantas y las flores de los parques, paseos y plazas públicas, son patrimonio del pueblo. A nadie le co-



responde el derecho de destruirlas, pero a todos el deber de protegerlas.

- 5º Demuestran una falta absoluta de cultura, los que pierden su calma, en los torneos de los distintos deportes, cuando advierten que los de sus simpatías caen vencidos en la lucha.
- 6º El ocioso es el causante de todos los males que pesan sobre la sociedad.
- 7º Los juegos de azar contribuyen a la miseria y al dolor de miles de hogares. El que juega es anti-patriota y despreciable.
- 8º El alcoholista merece figurar entre los primeros que propenden a la destrucción del género humano.
- 9º Los que no respetan y cumplen las leyes del país, es porque no se sienten buenos ciudadanos.
- 10º Tenemos el deber de defender a nuestra patria, para tener el derecho de vivir en ella.





HACIA EL NORTE

Luego reaparece el verdor. Los vallados de mimosas reemplazan a los cactus; las manchas verdes de los alfalfares, espaciados al principio, se hacen más numerosas. Luego se van viendo árboles y campos de caña dulce. A medida que avanza el tren, sucede a la aridez de una provincia sin agua, sedienta, la deliciosa frescura de una Normandía tropical, con sus jardines de naranjos y de melocotoneros en flor. Hemos entrado en la provincia de Tucumán.

.....

La alegría del cielo se extiende por la tierra sobre el fondo azulino de las montañas coronadas de nieve; grandes árboles decorativos, de flores azules y llamados *tarcos* se confunden con *melocotoneros* de flores blancas, con *saucos-llorones* de un verde claro, con *mandarineros*, con *palo-borrachos* o *yuchanes* que son los *queseros* de las Antillas. Es un árbol singular que tiene la forma de una calabaza alargada o, más bien, de un mazo; su tronco está lleno de espinas poco agudas ¿Por qué se le llama así? Tal vez porque esté siempre inclinado, porque se dobla fácilmente, o a causa de su forma de botella. En la primavera aparecen en sus ramas unas bolsitas que se abren y presentan manojos algodonosos de una blancura ideal que vuelan muy pronto, llevándose la semilla.

La mirada se extasia contemplando la vegetación lujuriante y la diversidad de aspectos de esta rica provincia.

Las vertientes de la sierra de Aconquija — estribación del gran sistema orográfico andino — que cubren una parte de la provincia de Tucumán, se presentan ahora ante nuestra vista con su maravillosa vegetación de gigantescos árboles, cortadas por valles alpinos por “quebradas” verdeantes regadas por arroyos y torrentes. Por las laderas de los montes se extienden bosques de maderas finas.

A sus pies se desenvuelve una vasta llanura cubierta de una espesa capa de humus, sin piedras, sin

guijarros, tan rica, según me aseguran, como las tierras más fértiles de la Mesopotamia Argentina. Las crecidas de los torrentes y arroyos debidas al deshielo, y absorbidas en parte por las vertientes de las montañas, llevan la riqueza a la llanura. La humedad del estío y la abundancia de las lluvias durante el período del calor, desde fines de octubre a marzo, hacen que la región disfrute de una vegetación paradisíaca. En esta comarca vamos a detenernos.

JULES HURET.



VERANO EN EL CAMPO

El alma de los campos desfallece.
Soñando con el alma de los cielos.
Triunfa el príncipe Sol. El fuego crece
En la fermentación de los anhelos.

Acre transpiración. Sombras extrañas
Los árboles proyectan blandamente,
Y hay murmullos de amor entre las cañas
Y risa de placer en el torrente.

Puesta sobre las tapias la cabeza
Rumiando el buey el último resabio
Contempla la inmortal Naturaleza
Triste el mirar, caído el bello labio.

Trepado a un sauce, sobre débil rama,
Busca el pilluelo el pájaro escondido
Que más que nunca se alborozó y ama
Purificado en el crisol del nido.

El que con los sudores de su frente
Amasa el pan, rendido y cabizbajo,
Batallador del surco y la simiente,
Treguas pide a la lucha del trabajo.

El ave se une al ave, el grano al grano,
Lanzando el himno del eterno coro
Y el sol ajusta al himno soberano
A las cien cuerdas de sus arpas de oro.

La canícula es sueño y es reposo,
Y el campo en ella es languidez y fuego,
Mientras no siente el largo y bullicioso
Escalofrío bautismal del riego. . .

JOSÉ SANTOS CHOCANO.





DE ROJAS A ROSARIO

El pueblo va perdiéndose de vista y la campaña aparece exuberante, llena de preciosos dones, que hablan de ilimitada riqueza y de porvenir únicos.

Los chacareros cifran sus esperanzas en el celeste puro de la flor del lino.

¡Cuántas veces al contemplar, en las silenciosas horas de la tarde, ese panorama lleno de encantos, deteníame a reflexionar sobre esas flores purísimas, esperanzas rosadas del rústico aldeano, de aquel ser lleno de optimismo que a la fatiga le canta sobre el surco para interrumpir, melodioso es el silencio profundo de esa soledad magnífica, perfumada por una

que otra flor agreste que, como resto del pasado, acompañan a las del lino, que pronto han de cuajar en fruto para simbolizar la fe, el trabajo y el bienestar!

Hace pocos minutos que marchamos, y la nostalgia invade a nuestras almas...

Para los expatriados, voluntarios o impuestos, todo lo que se relaciona con el tiempo ido, vivido en el terruño, adquiere singulares condiciones de afectividad, que anula las malas pasiones, haciéndonos más buenos, más justos, más en consonancia con todo lo que debe llevar el sagrado nombre de argentino.

El velocímetro marca cerca de ochenta kilómetros por hora. ¡Si lo supiera nuestra buena madre!...

Ya dejamos detrás a Pergamino, Doce de Agosto, Mariano Benítez y muchas otras poblaciones, que se desenvuelven airoso en esta hora de dignísima labor.

Nos encontramos en plena llanura santafecina... Es la inmensa llanura verde, que cantaran los poetas en los mejores instantes de sus preciosas liras...

Cepeda, Godoy, etc., aumentan el número de los lugares que vamos conociendo.

Santa Fe. También el pueblo de esta provincia nos conduce con tenaz esfuerzo hacia el luminoso destino que nos reserva el porvenir. Agricultura, ganadería, industrias múltiples, se advierten en todas partes.

Continuamos nuestra marcha hacia Rosario, hacia la gran ciudad, la fabulosa ciudad de los encantos, del Paraná.

ROSARIO

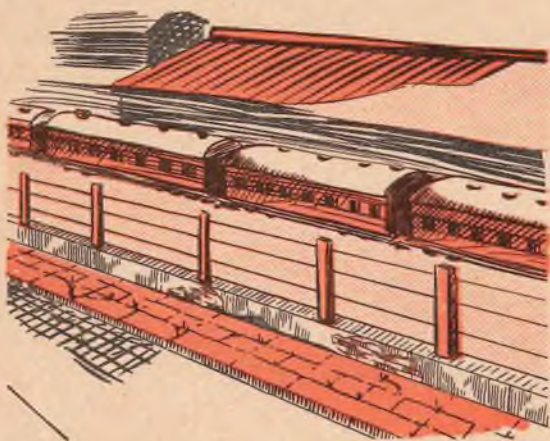
El que conoce Buenos Aires y sólo recorre la ciudad de Rosario, sin entrar a analizar detalle alguno, claro está que no recibe mayores impresiones; tal la semejanza de las dos. Mas quien llega a ella con fines de estudio, quien relaciona su vida y costumbres con las de sus similares del litoral, a ese sí, le es dado llenar su cuaderno de apuntes para poder así destinarle sitio de preferencia entre las ciudades argentinas.

Como centro de cultura, ocupa lugar de vanguardia. Desde la escuela primaria, hasta la universidad, llenan patrióticamente su misión.

La actividad comercial es, sin duda alguna, lo que más sorprende al forastero, máxime al que la ha conocido hace apenas veinte años.

Hemos recorrido el puerto, su gran puerto, orgullo de los rosarinos. Hasta él llegan los grandes vapores de ultramar para traer y llevar las riquezas del trabajo, hermanando a todos los seres de la tierra.

Parques, plazas, paseos, avenidas y suntuosa y moderna edificación, hacen de esta ciudad la joya del Paraná, que miman los santafecinos en todo lo que valen.



DE ROSARIO A CORDOBA

Recorremos la calle Mendoza, importante arteria comercial de la ciudad de Rosario, y a los treinta minutos de viaje en auto, llegamos a Fisherton, pequeña estación del Ferrocarril Central Argentino. Desde allí continuamos nuestro camino hacia Córdoba.

Las carreteras son inmejorables. Para el estudioso el automóvil reemplaza ventajosamente al ferrocarril viajar así resulta cómodo, por el itinerario que uno fija según sus conveniencias y la fácil distribución del horario, de acuerdo con el tiempo de que dispone.

Carcarañá... Pueblecito de Santa Fe, próximo al río del mismo nombre.

Como siempre: campos fértiles, explotados debidamente. Se cultiva maíz, trigo y lino.

Los colonos, en su mayoría extranjeros, sienten por esta tierra verdadero afecto. Bien; demostráis así el aprecio que os merece la vida feliz, obtenida por el trabajo, en un ambiente donde todo favorece y nada perjudica.

Es día sofocante. El termómetro marca 34 grados a la sombra, mas no nos acobardamos. Ansiosos por conocer el mayor número posible de nuestras bellezas naturales, avanzamos llenos de entusiasmo por esas regiones de maravillas.

El auto continúa su marcha. Él no puede quejarse, y nosotros sólo cedemos ante una lágrima que implora. Así es el corazón de los que nos llamamos buenos.

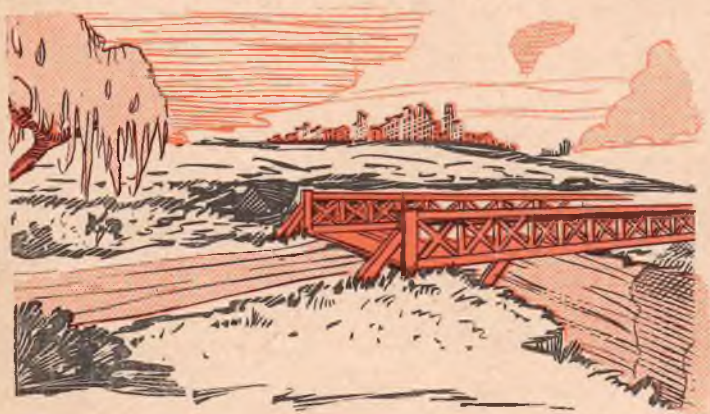
LA LLEGADA

Cañada de Gómez... Centro agrícola, de importancia comercial, por su aspecto, trabajo y costumbres de sus habitantes, no se diferencia de los demás pueblos conocidos.

El puente del arroyo Tortuga y en seguida la provincia de Córdoba, hacia cuya capital nos dirigimos.

Pernoctamos en Marcos Juárez. En este pueblo se nos pinchó una goma del auto, y este pequeño con-

tratiempo malogró nuestro propósito de llegar en el día a Bell-Ville.



Los tres, improvisados mecánicos, pudimos valorar en medio de la soledad de esos parajes cuánto vale el saber trabajar y, lo que es más, tener voluntad para el trabajo.

Bell-Ville... Pensé que estábamos a 496 kilómetros de Buenos Aires. Revisé prolijamente el auto, lo miré con sumo cariño y luego, me dije: ¿volveré?

Nos aproximamos a la histórica ciudad que fundara don Jerónimo Luis de Cabrera en 1573.

Ya perdimos de vista a Villa María, la misma que en 1872 fué designada capital de la República por el Congreso de la Nación, ley vetada por el Presidente don Domingo Faustino Sarmiento.

Son las 22 horas.

Miles de luces nos anuncian que a pocos kilómetros se encuentra la ciudad de los templos, la docta ciudad de la época del coloniaje.

¡Córdoba!... Todo invita a meditar: la hora, la quietud, la temperatura y, el respetuoso recuerdo de lo que ha podido el cerebro del hombre en esas históricas aulas, que aun se conservan llenas de vida, detrás de sus vetustos muros.

DE CORDOBA A ALTA GRACIA

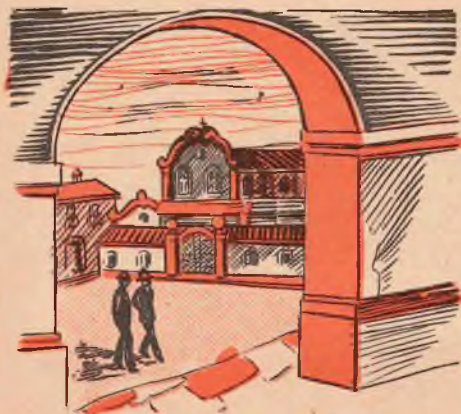
Amanece. La ciudad va adquiriendo paulatinamente su habitual actividad.

Nos paseamos, mientras los empleados de un garage se encargan de acondicionar el auto, con el que continuaremos nuestro

viaje hacia Alta Gracia.

El tañido de las campanas de las iglesias llama a los fieles para que vayan a practicar sus creencias religiosas.

Muchos templos y no menos casas de la época del colonia-



je, hacen que conserve el aspecto clásico de las ciudades de entonces.

No hay duda que es una de las más antiguas de América; pero defensora de su brillante tradición, no por eso deja de marchar al compás de la actualidad.

Impresiona el observar, paso a paso, la evolución sufrida hasta el presente. Lo muy viejo, lo viejo, lo de antaño no lejano y lo moderno, invitan al turista a recrear su espíritu en los recuerdos del pasado, base de nuestra actual grandeza, como también a experimentar el goce que produce el resultado de una comparación, siempre favorable a los intereses sagrados de nuestra nacionalidad.

El camino que la une con Alta Gracia tiene una longitud aproximada de cuarenta y cinco kilómetros, en su mayoría de macadam, lo que no llama la atención del forastero, por cuanto en toda la provincia los caminos son excelentes. Tal cosa ha contribuido a que la mayoría de los que visitan la Argentina tengan preferencia por este verdadero paraíso terrenal.

Las sierras; y la imaginación del higienista hace que las llame panaceas de la humanidad.

En busca de aire y de salud, muchos fueron y muchos serán, desgraciadamente, los que han de pasar por el camino que estamos recorriendo, pero, optimistas, llenos de salud espiritual, al faltarles la física, han

de triunfar, para imponerse, una vez más, el carácter, en los duros trances de la vida.

Y esa triste caravana ha de regresar pletórica para llevar la paz al alma de la madre, que ansiosa espera el regreso del hijo amado.

ORESTES MESTORINO.







LA HERMANA

Verano. Agosto. Declinaba el día
manchando el cielo de vapores rojos
y volvían, pisando los rastros,
dos niños — ella y él — a la alquería.

Ella callaba... El chiquitín decía:

—Yo era un soldado; y cuanto ven tus ojos,
no eran parvas de trigo, eran despojos
de una batalla en la que yo vencía...

—Pero... ¿y yo?...

—Deja; espera... Ebrio de gloria
yo volvía, después de la victoria,
y a ti, que eras la Reina, te buscaba...

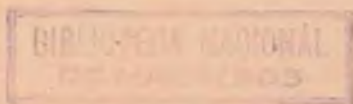
—¡No, no!... la Reina es poca cosa... yo era
— dice la chiquitina — una enfermera:
y tú estabas herido y te curaba...

EDUARDO MARQUINA.

INSISTIENDO

- 1º Las personas que hablan correctamente es porque piensan y sienten de igual modo.
- 2º Frecuentemos el trato de las personas que nos puedan enseñar lo bueno que nosotros ignoramos.
- 3º Usemos toda la consideración posible para nuestros semejantes, seguros de que sólo así hemos de cumplir honestamente nuestra misión humana.
- 4º Los que trabajan y luchan por el bien propio y el de sus semejantes, son los que merecen figurar entre los hijos dilectos que la patria reclama cada día.
- 5º El ser que no se conmueve ante el dolor ajeno, y no trata de aliviar el pesar del corazón de un hermano, es indigno de figurar entre los seres de nuestra gran familia humana.
- 6º Acerquémonos a los ancianos con cariñoso respeto, para prodigarles el auxilio necesario en esa época tan difícil de la vida.
- 7º No olvidemos que los ancianos confunden sus almas con las almas de los niños, para terminar sus días entre las dulces y gratas emociones de la infancia.

- 8" Al llegar a un puesto de venta o negocio cualquiera, debemos mirar pero no tocar las mercaderías que están en exhibición.
- 9" Los niños que temen a los defensores del orden público es porque no cumplen con su deber.
- 10" Muchos agentes de policía han muerto en defensa de la vida de niños y de mayores imprudentes.



INDICE

	Pág.
Abnegación	5
La lengua castellana — <i>Leopoldo Díaz</i>	8
Compañerismo	9
Un defectuoso	11
En una escuela rural — <i>Luis Arena</i>	13
La invitación	13
La fiesta	14
La sorpresa	16
Culto (poesía) — <i>Julia Bustos</i>	18
Puntualidad	20
Las autoridades	22
Cortés	25
Peludiando — <i>José Alvarez</i>	27
Hábitos de ahorro	29
Vuelta a la patria — <i>Carlos Guido y Spano</i>	31
Optimismo	33
Otoño (poesía) — <i>Lola S. P. de Bourguet</i>	35
Las señoras de Buenos Aires — <i>Andrés Lamus</i>	36
Las sierras del Tandil — <i>Santiago Estrada</i>	39
A mi patria (poesía) — <i>Ernesto J. Echeverry</i>	41
Firmeza — <i>José Ingenieros</i>	43
El perro (poesía) — <i>Manuel José Othon</i>	45
Algunos consejos	46
La Pampa de ayer y la de hoy — <i>W. Jaime Molins</i>	48
Ricardo Gutiérrez — <i>José Eugenio Compagni</i>	51
Baño Sarrano (poesía) — <i>Arturo Capdevila</i>	54
Ordenado y prolijo	56
Franqueza — <i>Benjamín Villafañe</i>	59
El general Belgrano — <i>José M. Paz</i>	61
Echa la simiente (poesía) — <i>Gabriela Mistral</i>	63
Buen hermano	64
Himno Nacional — <i>Vicente Fidel López</i>	66
Grandeza Moral — <i>Juana Manuela Gorriti</i>	68
Hábitos de trabajo	70
Modestia	72
Panoramas de San Juan — <i>Víctor Mercante</i>	74
La Calandria — <i>Marcos Sastre</i>	78
Canción de Paz (poesía) — <i>M. Bravo</i>	81

	Pág.
Veracidad	83
Raza de hierro — <i>P. Oscar Tolosa</i>	85
Lo que no se debe olvidar	87
La propiedad (poesía) — <i>Ricardo Gutiérrez</i>	88
Alcoholismo	90
Caridad	93
Bartolomé Mitre — <i>Ricardo Levene</i>	96
La silla que ahora nadie ocupa (poesía) — <i>Eraristo Carriego</i>	98
Tardes de pueblo — <i>José D. Calderaro</i>	100
Tolerancia	102
El ombú (poesía) — <i>Héctor Pedro Blomberg</i>	104
El crepúsculo — <i>Juan Francisco Jáuregui</i>	106
Asiduo al estudio	109
Una escena campestre — <i>D. Faustino Sarmiento</i>	112
Cactus — <i>Estanislao S. Zeballos</i>	114
Defensa del árbol	117
Los bueyes (poesía) — <i>José Gálvez</i>	120
De Buenos Aires a Mendoza — <i>Juan Manuel Cotta</i>	122
Nieva — <i>Arturo Marassa</i>	127
Una vez más	128
El nido de gorriones — <i>Joaquín Dicenta</i>	130
La región de los lagos — <i>Delfina Bunge de Gálvez</i>	133
El camino	134
San Carlos de Bariloche	136
La higiene de las sustancias alimenticias	139
Los guanacos (poesía) — <i>Alfredo B. Bufano</i>	142
Despertar amor a la patria	145
Lo que aprendió Enrique	147
Hacia el Norte — <i>Jules Huret</i>	150
Verano en el campo (poesía) — <i>José Santos Chocano</i>	152
De Rojas a Rosario — <i>O. Mestorina</i>	154
Rosario	156
De Rosario a Córdoba	157
La llegada	158
De Córdoba a Alta Gracia	160
La hermana (poesía) — <i>Eduardo Marquina</i>	162
Insistiendo	164

